

Lou Carrigan

DOBLE O NADA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

DOBLE O NADA

Colección LA HUELLA n.° 49
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 32887-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: octubre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Una de las cosas buenas que puede ofrecer la vida es el reposo.

El reposo total, absoluto, perfecto.

Por ejemplo: si uno está tendido en una extensible comodísima, colocada en la playa privada de un hotel de lujo en Miami Beach, oyendo el rumor del mar y oliendo su perfume, tomando el sol deliciosamente tibio, con las manos sobre el vientre, un ejemplar de *Playboy* colocado abierto sobre la cara, porque hasta leer es fatigoso, y con una mesita situada bajo el parasol con un refresco adecuado al alcance de la mano…, esto, esto es re-po-so.

Y así, en este plan, estaba el día 7 de junio el buen Wayne Bolt. Sí, señor. Ni más ni menos que en Miami Beach, en el Ocean Hotel, de Collins Avenue. Como un millonario, ni más ni menos.

A su lado, sentado, que no echado, en la extensible, estaba Milton Denver, contemplando a su amigo con el ceño fruncido, los ojos relucientes de ira. Por todos los demonios, ¿cómo podía Wayne pasarse el tiempo allí, tumbado, sin hacer nada ni pensar en nada, como si no tuviese ningún problema en la vida? ¡El muy cretino! Porque, vamos, hay gente que tiene problemitas, y entonces, claro, puede tomárselos con cierta filosofía; pero el de ellos era todo un problema. Un problemón, en una palabra. Por lo menos, para la mayoría de la gente, estar arruinados es un problemón.

Para Wayne Bolt, no.

Nada de eso. ¿Las cosas iban mal? Bueno, se tumbaba al sol, y ahí se las diesen todas.

Actitud que Milton Denver no podía soportar. ¡Vamos, que no podía soportarlo de ninguna manera!

Así que, finalmente, ya en el límite de su tolerancia, agarro un puñado de arena y la tiró con fuerza contra la cara de Wayne. Es

decir, contra la revista *Playboy*. La arena resonó contra el terso papel poco menos que como un disparo, así que Wayne Bolt se sentó de un salto, lanzando lejos de él la revista y mirando a todos lados con los ojos desorbitados por la expresión de alarma.

—¿Eh, qué, qué, dónde, quién…? ¿Qué… qué pasa, qué?

—Maldita sea tu estampa —masculló Milton Denver—. ¿Cómo puedes estar tan campante?

Bolt se quedó mirándolo durante unos segundos, mientras iba recuperando su plácida expresión de reposo. Luego desvió la mirada hacia el refresco que tenía en la circular mesita pintada de blanco. Un artístico vaso con una cañita y una rodaja de naranja incrustada verticalmente en el borde. Formidable. Abrió y cerró varias veces la boca, como quien lamenta una resaca, tomó el altísimo vaso, y se dedicó a chupar de la cañita.

¡Qué bueno estaba, demonios! Así que sorbió de nuevo, dejó el vaso donde estaba y volvió a tumbarse, colocando las manos sobre su liso y prodigiosamente musculado vientre.

—Como dijo nuestro presidente George Washington —recordó con énfasis—, para lo que es esta vida, más vale no morirse.

—Eso no lo dijo Washington —gruñó Milton.

—¿Ah, no?

—Y además, se murió.

Esto era cierto, y Wayne Bolt se dedicó a reflexionar sobre ello durante unos segundos. Por fin, movió la cabeza, con gesto de pesar, y acabó mirando a su amigo.

—¿Qué te has propuesto? —inquirió amablemente—. ¿Amargarme la vida?

—Eres un insensato. ¿Acaso no la tenemos ya bastante amargada? ¡Maldita sea, es que no comprendo cómo puedes tomártelo así, con esa tranquilidad!

—La tranquilidad, la placidez, alargan la vida, querido mío. Y si no, ahí tienes a esos tipos que se dedican ferozmente a amasar millones y millones… ¿Qué pasa con ellos? Pues que cuando ya tienen unos cuantos y podrían pegarse la gran vida, ¡paf!, van y se mueren de un infarto del miocardio ese. Y lo mismo te pasará a ti, amor mío… Sólo que tú la pringarás en pobre, lo cual ya es el colmo de la tontería. Porque digo yo: ¿qué es lo menos que merece un pobre? Supongo que vivir, ¿no?

—¿A qué llamas tú vivir? —graznó Milton Denver.

—Pues yo llamo vivir a esto, por verbigracia: se tumba uno al sol, y, ¡hala!, que trabaje Rita, que es la negrita más rebonita que conozco yo. ¡Tararí, tarará, tararí!

—Y de comer, ¿qué?

—Hombre, en este hotel se come que da asco.

—¿Cómo que da asco?

—Claro: la comida es tan buena y selecta que se hincha uno, y luego, pues ya sabes, te pones gordo, y eso da asco. Además, no es bueno para la salud. Precisamente la obesidad colabora con los infartos esos. ¿Te acuerdas de Tim *Ring* Samuels? Era un tío que boxeaba bastante bien, pero un día le dio por probar uno de esos filetes selectos de vaca hechos a la francesa, con salsa… ¿Cómo se llaman? Chateau… no sé qué, y…

—Chateaubriand —masculló Milton.

—Eso. Pues nada. *Ring* lo quiso probar, y en cuanto se metió un pedacito en la boca, dijo: «¡Ahí va, lo que me he estado perdiendo!». A partir de aquel día, comenzó a declinar como boxeador. Y lo podrido del caso es que cuando se lo advertías, se echaba a reír, y te daba recuerdos para tu padre. ¿Te acuerdas?

—¿De mi padre?

—No, hombre —rió Wayne—. ¡De Tim *Ring* Samuels!

—Era un idiota. Y sigue siéndolo.

—Quizá. Pero sigue comiendo Chateau… lo que sea. En cuanto a nosotros, ¿de qué te quejas?

—¿Cómo que de qué me quejo? —aulló Milton.

—Eso es lo que yo pregunto: ¿De qué te quejas? Estamos en uno de los mejores hoteles de Miami Beach tomando el sol, buenos refrescos, comida excelente, una *suite* de artista de cine… o de televisión, que dicen que les va mejor, tenemos salud a montones, y no como *Ring*, que está jorobado del miocardio…

—¡Eso no es cierto! —exclamó Milton.

—Lo decía para consolarte… En fin, tenemos todo eso y, además, somos dos tipos de metro ochenta, tenemos más músculos que un caballo, que para eso nos hemos pasado unos cuantos años recibiendo y dando tortazos en un cuadrilátero, y, Dios sea loado, ¡somos guapísimos!

Milton Denver quedó estupefacto ante la desfachatez de su

amigo y colega de años de boxeo. Completamente estupefacto, contemplando aquella cara simpática, viril, incluso inteligente. Aparte de otras menudencias, había visto a Wayne Bolt en una noche de juerga llevarse a la playa a las siete chicas más guapas del cotarro, y darse un baño a la luz de la luna como debió hacerlo papá Adán; es que las volvía locas, vamos… Y hasta él, cuando se ponía en plan ligón era la monda. De acuerdo. Hasta ahí, todo lo que había dicho Wayne era verdad. Pero… ¿guapos?

—Hombre —empezó a sonreír—. ¡Hasta ahí podíamos llegar, Wayne!

—¿No somos guapos?

—¡No! —rió Milton.

—Bueno —le guiñó un ojo su amigazo—, ya sabes: no se puede tener todo en la vida.

—Lo malo es que nosotros no tenemos nada.

—Tenemos juventud, belleza y alegría… ¿Qué más puedes pedirle a Dios cada día? ¡Mi madre!

—¿Qué pasa? —Se sobresaltó Milton.

—¡Fíjate con los oíos de mirar, Milton! ¡Mi madre, qué tía buena! —señaló.

Milton volvió la cabeza hacia su derecha, y en el acto, se quedó patitieso. ¿Tía buena? ¡Era un monumento! Un monumento en forma de mujer que debía tener un par de horas más de veinte años. Llegaba desde la playa, en dirección al hotel, con el bikini negro reluciente de agua. Alta, esbelta, con unas proporciones anatómicas que eran el colmo de la armonía física, con un rostro bellísimo, un par de ojos azules que eran toda una copia del cielo… ¡Y además, era rubia!

—Santo cielo… ¡Qué mordisco tiene la nena, tú!

—Hombre, no seas bruto.

—Y viene hacia aquí.

—Le voy a decir algo. ¡Aunque me echen del hotel, yo le digo algo a esa maravilla!

—¿Qué vas a decirle? —se animó Milton—. ¿Qué, qué, qué?

La maravilla monumental estaba ya muy cerca de ellos. Era hermosa y resplandeciente como el sol, era algo en verdad nunca visto por el par de boxeadores. La boquita era un primor y la piel relucía como si fuese de seda y de oro…

Wayne Bolt se puso lentamente en pie. A pocos pasos ya de ellos la muchacha lo miró por un instante, y al ver aquel gigante de musculatura impresionante y cara del hombre, pareció un poco atónita; desvió la mirada y su pasmo creció al ver, tumbado en la otra extensible, un ejemplar casi idéntico. Pero siguió caminando. Así que pasó junto a Wayne, que aspiró hondo, y casi gritó:

—¡Viva mi madre!

Un poco atónita, la muchacha se detuvo. Apareció un gesto interrogante en su preciosa carita.

—¿Su madre? —preguntó—. Querrá usted decir la mía, señor.

—También, también —tartamudeó Wayne Bolt—. Pero imagínese, sí mi madre no me hubiese parido, jamás la habría podido ver a usted. Así que, ¡viva mi madre!

—Gracias —sonrió la muchacha—. Muchas gracias, señor.

Y siguió su camino hacia el hotel, Wayne estuvo de pie, vuelto hacia ella, hasta que desapareció por el pasillo de los ascensores. Entonces suspiró profundamente, volvió a tumbarse y dijo:

—Es un ángel… ¡Un ángel! ¡Y qué simpática y agradecida es la nena!

—A lo mejor —deslizó Milton— es la fulanita de alguno de estos tipos barrigudos y cargados de dólares y de miocardios.

—Pero hombre, Milton, maldito seas. ¿Por qué siempre has de ver las cosas por el lado malo?

—Apuesto a que es así.

—Bueno, pues le quitaremos la nena al tipo barrigón.

—¡Je! No podríamos invitarla ni a chicle.

—El amor es algo más que mascar chicle.

—Hombre, ya lo sé —rió Milton—. Pero una chica como ésa merece, por lo menos, chicle. Y no tenemos un podrido centavo… De verdad, Wayne: ¿cómo puedes tomarte las cosas así? Estamos viviendo en un hotel de los más caros de Miami y no tenemos ni un centavo… ¡Ese puerco de Charlie!

—Sí —admitió Wayne—. Es todo un puerco, realmente. Le confiamos todo nuestro dinero en Nueva York para que viniese aquí a negociar la compra del gimnasio con el tipo que él conocía y que estaba dispuesto a venderlo, y, ¡puf!, el puerco de Charlie Twinty se ha convertido en humo con nuestro dinero. Ha abusado de nuestra confianza, después de tanto tiempo de conocerlo…

—El muy cerdo… ¿Te acuerdas de toda su palabrería? «Muchachos, ya está bien de recibir tortas; lo que tenéis que hacer ahora es comprar un gimnasio y dedicaros a entrenar a chicos que están en edad de dar y recibir. Sois un par de buenos boxeadores, conocéis la profesión como nadie, sois listos, sabéis tratar a la gente… En poco tiempo tendréis pupilos que serán campeones, y vais a vivir como reyes. Y a propósito, conozco a un tipo en Miami que tiene un gimnasio estupendo, y creo que quería venderlo. Si os parece bien, me voy para allá y negocio el asunto. Dejadme a mí, yo sé tratar a esa gente y os conseguiré el gimnasio a muy buen precio. Sólo tenéis que darme un par de cheques, yo los cobro en Miami, cierro el trato y os llamo. Sólo tendréis que llegar allá e instalaros como propietarios y entrenadores… Con una semana tendré tiempo suficiente. ¿Os parece que nos encontremos el día cuatro a las doce en el Ocean Hotel de Miami Beach? Es un sitio tremendo, podéis estar allí mientras buscáis apartamento…». ¡El muy cerdo!

—Y aún añadió —recordó Wayne—: «Supongo que os acordaréis de darle un buen empleo en vuestro gimnasio al viejo Charlie, ¿eh, muchachos?».

—Y nosotros, enternecidos, le damos nuestros cheques, con los ahorros de toda una vida de recibir guantazos y lo dejamos marchar. Luego, puntuales como ejecutivos, nos plantamos aquí el día tres por la noche, para esperar al buen Charlie el día cuatro… ¡Y hoy es siete!

—A lo mejor se ha retrasado porque no encuentra taxi —sugirió Wayne Bolt.

—¿Tres días de retraso?

—Hombre, era una broma.

—¡Eso es lo que me crispa de ti! ¡Nos han estafado los ahorros de nuestra vida y te pones a hacer chistes y bromas!

—Si te vas a sentir más feliz, me pegaré un tiro. Pero eso no cambiaría el hecho de que nos han estafado y no tenemos ni para pagar el hotel. Henos aquí, pobres como ratas, e instalados en el Ocean Hotel. ¿Sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Pues que ya vendrá la policía a sacarnos de aquí. Mientras tanto, comamos ricamente, tomemos el sol y pensemos a ver si se nos ocurre alguna solución.

—¿Alguna solución? Sólo hay una: encontrar a Charlie, hacerle vomitar nuestro dinero y partirle todos los huesos.

—Es una buena solución, pero me parece que para encontrar a Charlie tendríamos que ir a París, por lo menos. O a Honolulú… En fin, a un sitio así.

—Ese hijo de su señora mamá se debe estar riendo de nosotros y pegándose la gran vida con nuestro dinero.

Wayne Bolt se quedó mirando el mar durante unos segundos, serio ahora, meditabundo, fruncido el ceño. Por fin, tras suspirar y encoger los hombros, tuvo que admitir:

—Sí.

Y volvió a tumbarse en la extensible, con las manos sobre el vientre de puro acero.

Milton Denver también estaba mirando el mar, como si éste tuviese la culpa de la clarísima estafa de que habían sido objeto. Luego miró a su amigo, que volvía a estar en reposo. En el fondo, quizá Wayne tuviese razón. ¿De qué les servía amargarse la vida? Lo mejor era tratar de imitar a Wayne en su actitud filosófica. Y que fuese lo que Dios quisiera.

Así que Milton Denver agarró su vaso de refresco, le dio un chupetazo a la cañita, y se tumbó en la extensible. En cuanto cerró los ojos, su imaginación comenzó a funcionar de nuevo. Sí, señor; veía un hermoso y limpio gimnasio, con adecuado olor a sudor, chasquidos de guantes contra guantes, impactos al saco de arena, el roce de la cuerda manejada por un muchacho «haciendo piernas», las duchas llenas de chavales que hacían bromas y que aseguraban que querían llegar a campeones del mundo… Y él y Wayne, mano a mano, como dos excelentes amigos que habían sido siempre, enseñando a aquella horda de futuros gladiadores, dándoles consejos, enseñándoles todos los trucos…

Era curioso: Wayne y él jamás se habían enfrentado en un cuadrilátero. Habían hecho guantes cientos de veces, pero nunca, nunca, nunca habían peleado en serio. Sí, era curioso. ¿Cuál de los dos habría ganado? Desde luego, si Wayne metía su puño derecho podía hacerlo papilla, pero si él metía su gancho de izquierda, incluso podía hacer saltar a Wayne del cuadrilátero. ¿Qué habría pasado si ellos dos hubiesen peleado alguna vez? Era verdad que él conocía a la perfección el modo de boxear de Wayne, pero no era

menos verdad que Wayne le conocía perfectamente a él, así que…

—Hola —sonó la voz.

Milton Denver abrió un ojo. Lo que vio le hizo abrir el otro. Y en seguida, se sentó rápidamente, mirando estupefacto a la rubita monumento de antes, que estaba de pie entre su extensible y la de Wayne. Se había cambiado el bikini; ahora lo llevaba de color azul. Sí, señor, allá estaba la bellísima criatura.

—Wayne… ¡Wayne! —llamó Milton.

—¿Eh? ¿Qué, cómo, cuándo, qué…? —Se sentó Wayne en la extensible, vio a la rubita maravillosa y exclamó—: ¡Mi madre!

—¿Le recuerdo a su madre? —sonrió ella.

—¡Ya lo creo!

—Me alegra saberlo, porque así confiarán en mí, señor Bolt.

—¡Claro que conf…! ¿Me conoce usted, nenita?

—¿No es usted Wayne Bolt, el boxeador?

—Ajajá… ¡Caracoles, soy famoso!

—Bastante —asintió ella—. Y su amigo es Milton Denver, si no me equivoco.

—Está usted más en lo cierto que Einstein cuando dijo aquello de: dos y dos, señores, ¡son cuatro! ¿Quiere un autógrafo?

—No, He venido a proponerles un… negocio.

Wayne y Milton se mirarán. Luego, volvieron a mirar a la rubita.

—Ya sé —aseguró Wayne—. ¡Quiere vendernos un gimnasio!

—No.

—¿Una enciclopedia?

—No.

—Hum… ¿Un osito de peluche?

—No.

—¿Sus servicios cariñosos?

—No me gustan las groserías, señor Bolt.

—Bueno, pues entonces siéntese y diga cuál es ese negocio, señorita… señorita…

—Lucy. Sin más.

Dicho esto, la muchacha se sentó en la extensible junto a Milton, para desencanto de Bolt. Vio los cigarrillos sobre la mesita, encendió uno y miró al uno y al otro a través del humo. No parecía muy convencida.

—Bueno, ¿de qué se trata? —murmuró Milton.

—Podría pagarles unos cinco mil dólares.

—¿Por qué? —se interesó Wayne.

—Es un asunto… delicado. A lo mejor, ustedes creen que soy una embustera que les está endosando un cuento chino.

—No podemos decidir eso hasta saber el asunto —dijo Milton.

—Bien. Se trata de… sustraer algo a unos hombres y entregármelo a mí.

—Número equivocado, preciosa —dijo Wayne, secamente.

—Cálmate —dijo Milton—. Son cinco mil dólares, Wayne… Deja que la señorita se explique.

Y los dos se quedaron mirándola fijamente.

CAPÍTULO II

Lucy quedó unos segundos pensativa, fumando. Luego, miró de nuevo de uno a otro boxeador.

—Naturalmente, sé que el asunto no puede ser agradable para ustedes… Los conozco bien. Quiero decir que hace años que vengo leyendo su historial deportivo, sus combates… Incluso creo recordar ahora que en varias ocasiones he leído cosas sobre su buena amistad, así que no debí sorprenderme tanto al verlos juntos. ¿Están de vacaciones?

—Más o menos —deslizó Milton.

—Bien. Desde luego, habrán comprendido ya que me intereso por el deporte en general, así que les conozco bien, deportivamente considerados, claro está. Son dos buenos boxeadores, personas honradas. Es lo que necesito.

—¿Para cometer un robo? —masculló Wayne.

—Bueno, no es exactamente un robo. Se trata más bien de una recuperación. Alguien robó algo a alguien. Y yo quiero recuperarlo.

—Avise a la policía.

—No. No puedo hacer eso. Y tengan por seguro que las personas a las que debemos robar tampoco acudirán a la policía.

—¿Quiere decir que van de pillo a pillo? —sonrió Wayne.

Lucy vaciló, pero acabó por asentir.

—En efecto, podría decirse así, señor Bolt. Me gustaría poder contarles la historia verdadera y completa, pero no puedo. De verdad. Por eso he dicho que deberán confiar en mí. No vamos a hacer nada malo: sólo se trata de recuperar una cosa que le fue robada a un amigo mío. Y hay que hacerlo discretamente. Quiero decir, sin que la policía intervenga, porque eso de discretamente… La verdad es que no sé cuántos hombres tendrán contra ustedes, y

me temo que alguno de ellos vaya armado. No les estoy proponiendo nada fácil, francamente.

—Mire —dijo Wayne—, hace un rato, después de verla pasar a usted, Milton y yo estuvimos charlando sobre nuestras desdichas. Un tipo nos ha estafado un montón de dólares, y no nos gustaría que una mujer viniese ahora a tomarnos el pelo. No sé si lo que usted está contando es o no es un cuento chino…, pero lo parece. De todos modos, aun admitiendo que al ayudarla estuviésemos realizando un acto de… justa recuperación, lo que yo me pregunto es: ¿por qué no recurre usted a sus amigos? ¿O no tiene amigos?

—Tengo algunos amigos. Pero no podría confiar en ellos para una cosa así.

—¿Y en nosotros sí confía? —se sorprendió Milton.

—Ustedes dos tienen una… imagen pública, señor Denver. Y esa imagen me satisface. Hasta hace un rato, para mí, eran dos boxeadores, y nada más. Dos personas de cuya vida lees cosas en las revistas, como leo del presidente Ford, de Cassius Clay, del señor Kissinger, de Elizabeth Taylor… De todas estas personas se tiene una imagen, pero, claro, una no espera encontrarlas nunca en su camino. Con ustedes, esto se ha realizado. Les he visto antes, he ido a mi habitación, y una vez allí, me he puesto a pensar… ¿Por qué no podrían ayudarme ellos?: son honrados y capaces de cosas que un amigo corriente no podría hacer jamás. Porque supongo que a ustedes no les asustan unos cuantos hombres, ¿verdad?

—¿Pretende halagarnos?

—¿Les asustan?

—No —negó Wayne—. Pero las cosas cambian cuando algunos de esos hombres disponen de pistolas. Si la cuestión es a guantazos, adelante, pero una bala termina con el más guapo.

—Sí —admitió Lucy, deprimida—. Es cierto. Bueno, creo que he sido un poco egoísta. No sé… Me pareció que ustedes podrían ayudarme, y, por mal que lo hiciesen, tener muchas más probabilidades que yo de recuperar lo robado. Lo siento —se puso en pie—. Ya veré cómo me las arreglo sola.

Apagó el cigarrillo en el cenicero, y comenzó a alejarse. Pero Wayne Bolt alargó una de sus manazas, la asió por una muñeca, y la hizo sentarse a su lado. Se quedó mirando la pequeña y delicada mano femenina, que, junto a la suya, enorme y nervuda, con

gruesos nudillos y dedos fortísimos, parecía la cosita más frágil del mundo.

—¿Y cómo sabemos que eso de la recuperación es cierto, que no se trata de un simple robo?

—El propietario de esa cosa, que podrá demostrar que lo es a plena satisfacción de ustedes, está esperando que se la lleve. Él les dará toda ciase de explicaciones y garantías.

—Eso quiere decir que no se trata solamente de recuperar la cosa, sino de llevársela a ese hombre.

—Sí.

—Nos había parecido entender —intervino Milton— que debíamos entregarle a usted el botín y asunto terminado.

—Y que usted tomaría un avión y adiós —añadió Wayne.

—No, no… No podremos tomar un avión, ni el tren, ni utilizar ningún medio de transporte regular o conocido. Deberíamos viajar hacia el norte en coche, cambiando continuamente de carretera.

—¿Quiere decir que nos perseguirían?

—Sí. Y desde luego, si utilizásemos un avión de línea regular, o cualquier otro medio fácil de rastrear, nos estarían esperando, fuésemos adonde fuésemos.

—Caracoles… ¡Ni que nos persiguiese la CIA! —exclamó Wayne.

—A lo mejor lo es —dijo Milton.

—No es la CIA —aseguró Lucy—. Pero quizá resulten ser peores.

—Es decir, que tendríamos que jugarnos el pellejo —dijo Wayne.

—Y por cinco mil dólares —añadió Milton.

—Si ustedes no me ayudan, tendré que hacerlo sola. Pase Jo que pase, tengo que intentarlo.

—Si llevase mi esmoquin podría ofrecerle un blanco pañuelo para sus lágrimas —dijo Wayne—. Y diga, Lucy: ¿qué es exactamente lo que tendríamos que robar? ¿Un elefante?

—Un portafolios de acero.

—Inoxidable, claro.

Lucy miró con expresión suplicante a Wayne Bolt.

—Señor Bolt, por favor… No sé si se lo toma a broma o se está burlando de mí. Pero yo estoy hablando completamente en serio.

—A mí me chinchan las personas que hablan en serio —dijo Wayne, con un gruñido.

—Se lo suplico… ¿Van a ayudarme o no? ¡Son mi única

esperanza de conseguirlo! Por favor… ¡Por favor!

Wayne tenía todavía asida la muñeca izquierda de Lucy, y deslizó su gordo dedote pulgar por la dorada piel. ¡Qué delicada y fina era…! Sí, parecía de seda. Y qué manita tan tierna y suave… Además, junto a su velluda pierna musculosa, veía las de ella, finas, esbeltas… Estaba pensando que al lado de la muchacha, él parecía un gorila, cuando oyó la voz de Milton:

—Diez mil.

Lo miró vivamente. Lucy también estaba mirando a Milton, con expresión consternada.

—No tengo tanto dinero aquí… En realidad, no podría ni pagarles los cinco mil dólares hasta que llegásemos a nuestro destino.

—Doble o nada —insistió Milton, inconmovible—. Nos hemos quedado limpios, Lucy, y si hemos de jugarnos la vida, que sea por algo que valga la pena, algo que pueda ayudarnos a volver a empezar.

—Pe… pero… ustedes son dos buenos boxeadores, ganan mucho dinero…

—Hemos ganado mucho dinero —puntualizó Milton—. Pero nos lo han estafado. En cuanto a ganar más dinero subiendo a un *ring*, eso terminó. Wayne tiene treinta y un años, y yo treinta y dos. Ya está bien. Es cierto que podríamos seguir boxeando, pero, por fortuna, los dos tenemos algo aquí dentro —se tocó la frente—, y queremos que siga funcionando bien. Empezamos a boxear hacia los quince años… Ya es suficiente. Así que… doble o nada.

—Bueno… Es que aquí sólo tengo algo más de dos mil dólares…

—Entréguenos mil, para que podamos pagar el hotel, y el resto en destino. ¿Tiene usted coche?

—Sí… Sí, claro. Es lo primero que hice al llegar aquí: alquilar un coche, para poder volver por carretera hacia el norte.

—Hacia el norte… ¿Adónde exactamente?

—Charlottesville, Virginia.

—¡Fiuuu! —Silbó Wayne—. ¡No es un paseo, precisamente! Y si tenemos que ir por carreteras… discretas, podemos tardar hasta cuatro días en llegar allá arriba.

—Tenemos… tenemos que estar allí antes del día once a las dos y media de la tarde.

—Oiga: ¿y no querría que por el camino le enseñásemos a tocar la flauta? —farfulló Wayne.

—Por favor…

—Está bien —aceptó Wayne, tendiendo su mano izquierda—: vengan los mil.

—No los tengo aquí —ella miró las dos diminutas piezas de su bikini—. Pero se los puedo entregar en seguida si suben a mi habitación.

—¿Los dos?

—No, no… Con uno es suficiente.

—Bueno, pues elija.

Los azules ojos de Lucy se clavaron en los oscuros de Wayne Bolt.

—Usted —musitó.

—¿Habitación?

—Cuatro-cero-seis. Suba dentro de diez minutos.

—Vale.

Lucy se puso en pie, y Wayne le soltó por fin la muñeca.

—Gracias… Muchas gracias a los dos.

Se alejó hacia el hotel. Wayne y Milton se miraron, y el primero volvió a tenderse en la extensible, volviendo a quedar en completo reposo.

Cuando calculó que habían pasado los diez minutos, se puso en pie, estiró la impresionante musculatura, y agarró el albornoz, amarillo con listas negras. Se lo puso, recogió las zapatillas, y se dirigió hacia el bar de la playa, no hacia los ascensores. Cruzó el bar, recorrió un pasillo, apareció en el lujoso vestíbulo del hotel, y fue hacia los ascensores. Había que ser muy discreto, así que fue a conserjería y pidió su llave, con lo que, con toda lógica, sólo se podía pensar que el señor Bolt subía a su habitación, es decir, a la lujosa *suite* que compartía con su amigo, el señor Denver.

Sólo que el señor Bolt no salió del ascensor en el sexto piso, sino en el cuarto. Localizó en seguida la puerta numerada con el cuatrocientos seis, y, apenas hubo llamado con los nudillos, la puerta se abrió.

—Pase —murmuró Lucy.

Todavía estaba en bikini. Wayne entró, cerrando silenciosamente la puerta, y se quedó mirando el rollo de billetes

que le tendía la muchacha. Alzó las cejas.

—Pues parece que es cierto todo ese cuento chino —susurró.

—¿Qué quiere decir?

—La verdad, había pensado que era un nuevo modo para ligar, utilizado por jovencitas caprichosas.

—No… No.

—Bueno. —Wayne movió la cabeza, como admirado—, en ese caso, dígame a quién tenemos que quitarle el portafolios de acero.

—Son dos hombres… Y hay que hacerlo pronto, porque están esperando a otros, que pueden llegar en cualquier momento. Los que están por llegar son los que seguramente llevan armas.

—¿Y esos dos no?

—No lo creo. Aparentemente han venido a Miami para pasar el fin de semana. No sé los nombres que han utilizado en el hotel pero sé que están en la *suite* seiscientos nueve.

—Ya. Eso quiere decir que, como Milton y yo, están de cara a la playa, y que disponen de terraza. Así que es posible que la hayan visto a usted hablando con nosotros. ¿La conocen?

—No sé… Creo que no, pero no estoy segura.

Bolt se rascó una ceja, pensativo.

—Bien, si sólo son dos hombres desarmados, Milton y yo no vamos a tener problemas. Al menos, en ese sentido. ¿Seguro que esos tipos no avisarán a la policía, o al detective del hotel…?

—Puede estar seguro de que no. Todo lo que harán será organizar nuestra persecución, o bien ellos dos solos, o esperando a los otros para ponerles al corriente. Yo…, yo había pensado esperar a verlos en la playa, y entonces entrar en la *suite* para quitarles el portafolios, pero parece que no sienten interés por la playa. Y por otra parte, no sé cómo me las habría arreglado para entrar, ya que no tengo llave.

—Milton y yo nos ocuparemos de eso. Usted vístase, y pague la cuenta del hotel. Luego espérenos con el coche delante de la puerta. Eso es todo. Si no entiendo mal, puesto que esos tipos no van a denunciarnos en modo alguno, simplemente ocurrirá que los señores Denver y Bolt abandonan el hotel, y que la señorita… Lucy habrá hecho lo mismo.

—Sí, sí.

—No parece difícil, ¿verdad?

—Puede que no lo sea para ustedes dos, pero para mí… Además, lo peligroso vendrá luego, cuando salgan detrás de nosotros. Tendremos que escoger la ruta con mucho cuidado.

—Sí, ya sé. Procure estar abajo con el coche dentro de media hora, como máximo.

—Estaré.

Wayne tomó el rollo de billetes, y lo guardó en un bolsillo del albornoz. Luego, se quedó mirando a Lucy, que a su vez le contemplaba con expresión anhelante.

—Lucy —susurró—: eres la chica más bonita que he conocido en mi vida.

—Gracias, Wayne. Me alegra gustarte tanto.

—¿Te alegra? ¿Por qué? —se sorprendió el púgil.

—Porque tú también me gustas a mí.

Bolt tendió los brazos, y sus manos se posaron en la cintura de la muchacha. Ella puso sus manitas en las manazas de él, y las fue deslizando hacia los hombros, acariciando la dura musculatura; cuando llegó a los hombros, las pasó hacia la nuca de Wayne, y éste se inclinó, deslizando sus manos más hacia la espalda de Lucy, mirando los sonrosados labios húmedos. Apenas puesta su bocaza sobre los labios de Lucy, Wayne Bolt se estremeció, y notó dentro de él lo que sólo podía definir como un estallido; un ardiente estallido que produjo acto seguido un gran vacío en su estómago.

Mientras la besaba, subió las manos por la espalda de Lucy, tocó el cierre de la pieza superior del bikini, y lo soltó… Ella continuó devolviéndole el beso con una dedicación y una dulzura maravillosas. No parecía tener prisa alguna. Para Wayne Bolt, aquél era el beso más dulce, hermoso y limpio de su vida, a pesar de todo. Lo comprendió de pronto, y se separó bruscamente de la muchacha…, con lo que la pieza soltada se desprendió y cayó al suelo, entre ambos.

—Lo siento —susurró Wayne—, pero me pareció que. Bien, no había pensado encontrar… Lo siento.

Se inclinó, recogió la pieza del bikini, y la tendió a la muchacha. Ella le miraba fijamente, inmóvil, con la boquita entreabierta. No hizo la menor intención de recoger la pieza del bikini, y Wayne, tras vacilar, se la guardó en el bolsillo, con el dinero.

—Espero poder devolvértelo en un momento adecuado —dijo

con voz ahogada.

Ella asintió, se abrazó a su cintura, y lo besó en la barbilla.

—Hasta luego, Wayne.

Lo soltó. Wayne dio media vuelta, y salió de la habitación. Sentía como martillazos en las sienes. Subió a su *suite*, dejó la puerta abierta con la llave dentro, y fue al dormitorio. Tiró el albornoz sobre la cama, caminó hacia el cuarto de baño…, y se desvió bruscamente hacia la terraza. Salió a ésta, y miró hacía la playa, hacia donde estaba Milton Denver, localizándolo en seguida. Milton estaba sentado en la extensible, mirando hacia allí, así que no hacía falta más. Fue al cuarto de baño, se quitó el bañador, y se metió bajo la ducha, dando toda la potencia al agua fría, que le sentó divinamente.

Milton Denver entró en el cuarto de baño cuando Wayne se estaba duchando ya más sosegadamente, con menos potencia de agua.

—¿Te ha dado el dinero?

—Lo tengo en el albornoz. Tenemos que marchamos en seguida, así que sería buena idea que pidieses la cuenta por teléfono.

—Bien. Date prisa; yo también quiero ducharme, Wayne.

—Termino en seguida.

Cerró el grifo cuando Milton aún no había llegado a la puerta del cuarto de baño, agarró una de las grandes toallas, y comenzó a secarse. Demonios, que mal momento había pasado… Tenía la imagen de Lucy como incrustada en su mente. Sacudió la cabeza y salió de la bañera. Fuera, Milton estaba hablando por teléfono, pidiendo la cuenta.

Terminó de secarse, se peinó, y salió del cuarto de baño, envolviéndose con la toalla.

Milton estaba sentado en una de las camas. En una mano tenía el dinero, y en la otra la pieza del bikini de Lucy. Alzó la mirada al notar la presencia de Wayne.

—¿Ya? —musitó.

—No. Ha sido una tontería por mi parte, una metedura de pata… hasta el pescuezo, por lo menos.

—¿Qué ha pasado?

Wayne Bolt se quedó mirando fijamente a su amigo, amigo de años y años. No lo habría querido más si hubiese sido su hermano.

Ni lo habría conocido mejor… Vio la rigidez en sus facciones, el gesto tenso del cuello.

—Milton, ¿te gusta la chica?

—Me parece —susurró Denver— que nos gusta igual a los dos. No es una golfita, ¿verdad?

—No. De ninguna manera. Pero escucha, hace sólo unos minutos que la conocemos… Y estas cosas no suceden así, por las buenas, en un cuarto de hora. Incluso es posible que esté casada… No lo creo, pero podría ser. Podría estar engañándonos como a dos imbéciles.

—¿Y si no es así?

—Milt, ¿te lo estás tomando en serio? Lo de Lucy, quiero decir.

Milton Denver sostuvo unos segundos la mirada de su amigo. Luego, miró la pieza del bikini… La dejó lentamente sobre la cama, hizo lo mismo con el dinero, y se puso en pie.

—Voy a ducharme.

—No te entretengas mucho. Mientras tanto, yo prepararé las dos maletas.

—Bien.

Dos hombres como ellos no tenían grandes complicaciones con su equipaje. Cuando Milton salió del baño, ya seco, completamente desnudo, todas sus cosas estaban dentro de las maletas, y Wayne ya estaba vestido.

Entró en el baño con los dos maletines de aseo y recogió lo de allí: maquinillas de afeitar, peines, masaje facial, cepillos de dientes…

Cuando salió, Milton terminaba de vestirse.

Sonó una llamada a la puerta.

—¿Pediste un botones? —preguntó Wayne.

—Sí.

Bolt llevó las maletas y los dos maletines a la puerta de la *suite*, lo entregó todo al botones, y regresó al dormitorio. Se sentó en el borde de una cama.

—Son dos tipos —dijo—. Están en la seiscientos nueve. No llevan armas, al parecer, pero están esperando a otros que sí las llevan. Lucy nos va a esperar en la puerta del hotel, en el coche.

—Está bien.

Wayne alargó la mano, tomó el dinero, y se lo metió en un bolsillo del pantalón.

—Puede que algún día encontremos a Charlie Twinty —murmuró—. Sólo que, ciertamente; ya no será nunca el cuatro de junio de este año, puesto que hoy es siete. Buena nos la ha jugado, ¿eh?

—Peor para él.

—Sí —reflexionó Bolt—, pero ya se habrá gastado nuestro dinero. Esperemos que haya tenido la previsión de pagarse un entierro decente. Hoy día, hasta morirse es caro. Así que me pregunto qué podremos hacer con diez mil dólares.

—Siempre se puede alquilar un gimnasio, en lugar de comprarlo.

—Eso viene a ser como tener alquilada a la mujer que amas, más o menos. ¿No te parece? O es tuya, o no es tuya. De todos modos, hay quien se conforma con cualquier cosa.

Milton lo miró vivamente.

—Pero no nosotros —replicó.

—No… No nosotros. ¿Estás listo?

Denver asintió. Salieron de la *suite*, dejando la puerta abierta, y guardándose Wayne la llave, de la que pendía el número 603 grabado en una pesada placa de latón.

Tuvieron que caminar muy poco hasta plantarse ante la puerta señalada con el 609. Hasta en este pequeño detalle tenían facilidades: los dos sujetos estaban en la misma planta que ellos. Se miraron, asintieron ambos, y Milton pulsó el timbre.

La puerta se abrió a los pocos segundos, y un hombre de unos treinta y cinco años, atractivo, de cuerpo atlético y mirada inteligente, que había iniciado una sonrisa, cambió este gesto por uno de sorpresa y expectación.

—¿Sí? —inquirió.

Wayne señaló hacia arriba con el pulgar.

—Perdone que le molestemos, señor. Estamos en la *suite* de arriba. Nos hallábamos en la terraza mirando unas fotografías, y una de ellas nos ha resbalado entre las demás y ha caído en la terraza de esta *suite*. ¿Sería tan amable de devolvérnosla?

—Por supuesto que sí. Pasen, por favor.

—Muchas gracias.

—Se la traigo ahora mismo.

Milton permaneció impávido, mientras Wayne sonreía de oreja a

oreja, como un buen muchacho te que era. El sujeto en cuestión los dejó solos en el recibidor y desapareció hacia el interior En seguida oyeron su voz, y otra que contestaba.

Los dos boxeadores se fueron en pos del sujeto y aparecieron en el salón. Allá, en una de las butacas, en mangas de camisa, había otro hombre, quizá un poco mayor que el primero, de rasgos más duros y mirada más penetrante, que los miró entre sorprendido y un tanto disgustado, bajando el periódico que había estado leyendo.

—Perdone nuestra intromisión —dijo Wayne, caminando hacia él—. Le ruego que no nos considere mal educados, pero sucede que tenemos que ser un poco violentos. Con permiso.

El hombre había comenzado a incorporarse, respingando, ahora con clara expresión de alarma. De modo que quedó a tiro del puño derecho de Wayne, que estalló con tremendo trallazo en la barbilla del otro, sentándolo de nuevo tan bruscamente que el sillón estuvo a punto de volcarse hacia atrás; pero sólo se deslizó un poco por el suelo, y el hombre quedó derrumbado en él, sin conocimiento.

Wayne se miró el puño, y comentó:

—Tenemos que ir con cuidado, Milt: golpeando sin guantes podemos hacer verdadero daño.

—Tendré cuidado —dijo Denver.

Se colocó junto a la entrada al salón desde los dormitorios y la terraza, con gesto de aburrimiento.

El otro hombre apareció un par de minutos más tarde, diciendo:

—Stephen, no hay…

A quien primero vio fue a Denver. Al mismo tiempo, como figuras de fondo, a Bolt y al tal Stephen caído en el sillón. Y eso fue todo. Recibió un corto al estómago que lo dejó sin aliento, y cuando caía hacia delante, un gancho en la barbilla que lo hizo saltar hacia atrás, enderezándose, para caer de cabeza.

—Bueno —dijo Bolt—, vamos a buscar ese portafolios de acero.

El portafolios estaba en el armario. Pero tardaron en encontrarlo, a pesar de que mientras registraban, lo tuvieron ante sus oíos todo el tiempo: estaba dentro de una enorme caja de bombones.

—Trae el periódico que leía aquel tipo —pidió Milton.

Con el periódico, envolvieron la caja de bombones, y se dirigieron hacia la puerta, pasando con indiferencia junto a los dos

desvanecidos personajes.

—Me parece —dijo Wayne— que nos estamos metiendo en un buen lío.

—Eso lo sabíamos desde el principio.

Salieron tranquilamente de la *suite*, bajaron en ascensor, y Milton, con la caja, se fue hacia la salida, mientras Wayne iba a pagar la cuenta. ¿De qué le había servido a Milton Denver amargarse la vida? Pues, de nada, porque allá estaban, liquidando sus deudas como dos auténticos caballeros.

—¿Ha sido grata su estancia en el hotel, señor?

—Muchísimo —dijo Wayne, con total sinceridad—. Para nosotros, siempre que vengamos a Miami solo existirá este hotel.

—Muchas gracias, señor. Y feliz viaje.

—Muy amable. Oh, por cierto, ¿sabe si ha sacado ya su coche la señorita…, la señorita…? —Se dio una palmada en la frente—. Vaya, ¿qué le parece? ¡Nunca con sigo recordar el apellido de Lucy! Me refiero a la señorita que también se va con nosotros…

—Ah, sí. La señorita Hartman…

Wayne chascó dos dedos.

—¡Eso es! ¡Hartman! Bien, hasta otra.

Cuando Wayne Bolt cruzaba el vestíbulo, las mismas mujeres que poco antes, sentadas a la espera del momento del aperitivo, habían quedado pasmadas al ver pasar a Milton Denver, quedaron ahora definitivamente estupefactas cuando la segunda edición del hombre musculado pasó ante ellas.

Wayne salió del hotel, miró a ambos lados y vio el coche delante mismo. Lucy Hartman estaba ante el volante, y Milton en el asiento de atrás. Los podía ver perfectamente, porque el coche era un deportivo descapotable. Fue allá, pasó las piernas por encima de la portezuela, y se sentó junto a Lucy, que le dirigió una tímida sonrisa.

—Un descapotable —mascullό Wayne—. ¡Qué discreción!

—Podemos subir la capota…

—Para que no nos vean, sí. Pero me pregunto si la capota de este coche es de acero, como el portafolios. Lo digo por las balas, ¿comprendes?

—No pensé en eso, Wayne.

—Bueno, larguémonos. No te comas los bombones, Milton —

sonrió, volviendo la cabeza.

Fue entonces cuando vio el taxi que se detenía detrás del descapotable Mientras Lucy arrancaba, contempló a los sujetos que se apeaban del taxi, porque le hicieron gracia. Eran más bien menudos, muy morenos de natural, no bronceados por el sol, y dos de ellos llevaban gruesos bigotes que ocultaban sus bocas. El tercero iba completamente afeitado.

Lucy también volvió la cabeza, para asegurarse de que no llegaba otro coche.

—Vaya tres renacuajos —dijo Wayne.

Milton volvió a su vez la cabeza, para mirar a los tres morenos hombrecillos, pero no sintió el menor interés por ellos. Lino estaba pagando el taxi; los otros dos miraban con indiferencia hacia el descapotable.

—Creo que lo mejor será que pasemos a Miami por la Julia Tuttle Causeway, y que salgamos de la ciudad por la Nacional 1 —dijo Lucy—. Eso nos permitirá ir más de prisa, de momento. Luego, ya veremos.

—Eso —farfulló Bolt—, ya veremos qué pasa de aquí a Charlottesville.

Capítulo III

Efectivamente, en Miami tomaron por la Nacional 1 y se lanzaron hacia el norte a buena velocidad. Miami Shores, North Miami, North Miami Beach, Hallandale, Dania, Lighthouse Point, Boca Ratón…, fueron quedando atrás.

—Bueno —dijo el optimista Wayne—, ya hemos recorrido más de cuarenta millas sin novedad, ¡esto marcha!

Lucy le miró un instante, con dulce expresión.

—Todavía quedan muchas millas por delante, Wayne.

—¿Por qué demonios has tenido que recordármelo? —Gruñó el púgil.

—¿Eres un avestruz? —preguntó ella.

Bolt la miró atónito. Luego, frunció el ceño.

—Oye, nena; sí te parezco un avestruz para el coche, y me apeo.

—No hay para tanto…

—Es que tengo que poner un huevo. Y si quisiera, podría poner dos.

Lucy se echó a reír. Era un día magnífico, de sol resplandeciente, ideal para viajar en coche descapotable a buena velocidad, disfrutando del olor del mar, que tenían muy cerca a su derecha, de un bello color azul.

Wayne miraba de reojo a Lucy, cuyos largos cabellos rubios ondeaban al aíre de la marcha, bellos como hilos de auténtico oro, de auténtico sol. Se volvió a mirar a Milton, que iba silencioso y un tanto sombrío.

—¿Cuántos huevos podrías poner tú, Milt?

—Supongo que dos también, ¿no?

—Pues somos un par de avestruces. ¿Qué te pasa, hombre? ¡No hay por qué poner esa cara! Lo de que somos unos avestruces ha

sido una broma de Lucy, ¿verdad, nena?

—Verdad —asintió Lucy.

—¿Lo ves? Lo que somos nosotros está bien claro: dos tipazos hermosísimos, con una estructura fenomenal. Recuerdo la primera vez que fui al gimnasio. Ya era un chico fuerte, pero cuando vi a algunos de aquellos sujetos se me cayó el alma a los pies. Tenía alrededor de quince años y me dije que jamás podría llegar a desarrollar aquella musculatura impresionante. Y ahora, ya ves, estoy hecho un tigre. ¡Y eso que he recibido tortas para parar un portaviones!

—Para lo que te ha servido…

—Hombre, maldito seas, Milt…, ¿no podrías olvidar al cochino de Charlie por unos cuantos días?

—Ciento veintidós mil dólares no son fáciles de olvidar.

—Pues yo puse ciento veintiocho mil, y aquí me tienes, feliz como una cigarra en verano. Vamos, Milt, levanta ese ánimo… ¿Qué te parece si cantamos Pega, pega, muchacho?

—Vete al demonio.

Wayne volvió a mirar hacia delante, y en seguida a Lucy.

—Oye, estoy pensando que podríamos dejar la Nacional en el enlace de Palm Beach con la Sunshine Parkway. Esa gente todavía no ha tenido tiempo de reaccionar, y por la autopista iremos mucho más de prisa. Cuando se vayan a dar cuenta, podemos haber recorrido ya doscientas millas o más.

—Me parece buena idea —asintió Lucy—. Así lo haremos, Wayne.

—Eres una nena bien educada, que sabe acatar los deseos de las personas mayores. A propósito, ¿cuántos añitos tiene la nena?

—Veintitrés.

—¿Cómo, veintitrés? ¡Pero si parece que tengas doce o trece! —se volvió en el asiento—. ¿Verdad, Milt?

—No digas tonterías.

—Muchacho, vaya mala gaita que llevas… ¡Se me ocurre otra idea! ¡Voy a pasar ahí detrás, contigo!

Y sin más, pasó al asiento trasero, sentándose junto a Milton Denver, y pasándole un brazo por los hombros. Comenzó a cantar con voz horrenda, y desafinando de modo increíble:

¡Pega, pega, pega, muchacho!
Pégale fuerte al mentón,
pues el tipo que tienes delante,
es sólo un maldito cagón…
¡Pega, pega, pega, muchacho!

Lucy estaba riendo, pero Milton soltó un gruñido:

—¿Por qué no cierras la bocaza? —sugirió.

—Tienes razón. ¡Tengo otra idea!

—¡Oh, Dios, no! —Respingó Milton.

—Vamos a echar un vistazo al contenido del portafolios.

—No podréis abrirlo —dijo Lucy.

Pero esta idea de Wayne sí había sido del agrado de Milton; así que, haciendo caso omiso a la opinión de Lucy, se colocó sobre las rodillas la gran caja de bombones envuelta en el periódico. Dejó éste a un lado, abrió la caja, y sacó el portafolios de acero, que relució al sol. Medía unos cuarenta y cinco centímetros de largo, treinta y cinco de alto, y diez de fondo. Tenía un asa, también de acero, fija. Y eso era todo.

Tras darle varias vueltas, Milton miró a Wayne, que le contemplaba muy interesado.

—No veo cierre alguno, Wayne.

—Trae, trae acá, manazas.

Si Milton era un manazas, Wayne también debía serlo, ya que no encontró cierre ni resquicio alguno. Se veía la línea de separación de la tapa, y eso era todo. Una línea tan delgada, tan prietas las dos mitades del portafolios, que no cabría por allí ni un soplo de aire. Se miraron los dos, y luego Wayne miró a Lucy.

—Tú sí debes saber abrirlo.

—No. De verdad, Wayne, no.

—Pero debes saber lo que contiene, supongo.

—Tampoco.

—¿También de verdad?

—No os he mentido en ningún momento.

—Vaya… Bueno, te diré una cosa: en lo que a mí concierne, hubiese preferido que la caja de bombones tuviese bombones. Y ya que hablamos de eso, va siendo hora de almorzar, ¿no os parece? Son más de la una.

—Si no recuerdo mal, hay un parador cerca de Palm Beach, en la pista de enlace con la Sunshine. Podríamos comer algo allí.

—¿Algo? ¡Me voy a comer una vaca entera!

—¿Una vaca? —exclamó Lucy.

Wayne Bolt reflexionó unos segundos, y añadió:

—Bueno, con patatitas… ¡Con muchas patatitas!

Lucy Hartman volvió a reír. Wayne miró a su amigo, esperando que el sencillo chiste le hubiese hecho sonreír al menos, pero no lo había conseguido. Milton estaba dedicado con gran seriedad a envolver de nuevo en el periódico la gran caja de bombones.

Hacia las dos y cuarto, Lucy detenía el coche en el parador que, en efecto, estaba entre Palm Beach y el acceso a la autopista Sunshine. Se apearon del coche, y fueron hacia la entrada. Milton llevaba el paquete con el portafolios. Lucy se tomó de la mano de Wayne, que volvió un poco la cabeza, para mirar de reojo a su amigo, que simuló no darse cuenta de nada. Wayne se las arregló, de todos modos, para soltarse de la mano de Lucy, quien le dirigió una breve mirada de extrañeza.

No fue cierto lo de la vaca con patatitas. Lucy comió poco, pero los dos púgiles no fueron menos frugales que ella: un par de bocadillos y café. Invirtieron en tan sencillo refrigerio menos de quince minutos, y de nuevo al coche.

—¿Quieres que conduzca yo ahora? —se ofreció Wayne.

—Oh, no… Te avisaré cuando esté cansada.

—Okay. Bueno, vamos a la Sunshine.

La Sunshine era una maravilla. Parecía de cristal, tan fina era. El coche se deslizaba a la máxima velocidad permitida, con suavidad, sin el menor esfuerzo. En el asiento de atrás, con un brazo sobre los hombros de Milton, Wayne Bolt comenzó a dar cabezadas, y finalmente, quedó dormido, para pasmo de Lucy, que le miraba continuamente por el retrovisor.

Wayne Bolt tenía un sueño precioso: encontraba a Charlie Twinty. El hombrecillo que durante años había sido su amigo y que había, finalmente, abusado de su confianza, se quedaba pálido como una cebolla cuando él lo agarraba de un manotazo por la parte delantera de los calzoncillos.

«—Charlie, maldito piojoso, ¿qué has hecho con el dinero de Milt y mío? Te lo has gastado en juergas con mercancía femenina,

¿no es así, cochino?

»—Wayne, Wayne, muchacho, cálmate —gimoteaba Charlie, que sabía muy bien qué clase de puños tenía Bolt—. ¡No me lo he gastado en zorritas, te lo juro, deja que te explique…!

»—Rata de gimnasio… Eres viejo, calvo, feo, esmirriado, llevas lentes, y, para que te enteres, siempre me has parecido una lombriz de diarrea… ¿Qué has hecho con nuestro dinero, con aquellos hermosos doscientos cincuenta mil pavos conseguidos a base de recibir doscientas cincuenta mil tortas? ¿Eh? ¿Qué has hecho?

»—¡Los he invertido!

»—¿Los has… qué?

»—¡Invertido!

»—¡Invertido lo será tu padre, rata sucia! ¡Te voy a…!

»—¡Wayne, no lo entiendes! ¡Los he invertido en una jugada de Bolsa! ¡Ya sabes…, acciones, bonos, todo eso!

»—¡Ah, cochino…! ¡Si al menos te lo hubieses gastado en mujeres! ¡Pero perderlos en esas tonterías…!

»—¡Fío los he perdido, Wayne! ¡Con vuestro dinero hice una jugada que me recomendó un amigo, y hemos ganado para los tres cien mil dólares netos!

»—¡Mi madre! ¿Quieres decir que a Milt y a mí nos vas a dar sesenta y tantos mil dólares? ¿Y que seguimos teniendo los doscientos cincuenta mil para el gimnasio?

»—Sí, Wayne… ¡Exactamente!

»—¡Charlie, querido viejo amigo! ¡Ven a mis brazos, voy a besar tu dulce boca de muchacha virginal, voy a…!

Entonces, Charlie le dio un codazo. En sueños, Wayne respingó… Recibió otro codazo. Abrió los ojos, y se quedó mirando a su frente, como alelado. Milton Denver le dio otro codazo.

—Tú y tus ideas —masculló—. ¡No debimos venir por la autopista!

Wayne miró a Milton sin comprender, hasta que éste señaló hacia arriba. Al mismo tiempo que alzaba la cabeza, Wayne se dio cuenta de que estaba oyendo el rumor de un helicóptero volando por encima de ellos. Apareció ante sus ojos; reluciente al sol, justo sobre sus cabezas. Miró a Lucy rápidamente, y vio el lado derecho de su rostro, pálido.

—¿Crees que pueden ser ellos? —exclamó.

Lucy asintió con la cabeza. Wayne volvió a mirar hacia el helicóptero, que los sobrevolaba matemáticamente, a unos treinta metros de altura.

—¿Y si se les ocurre bombardeamos? —sugirió.

—No harán eso —dijo Lucy—. Podrían destruir el portafolios, y eso no les interesa.

—¿Destruir un portafolios de acero con unas bombitas de mano? —rechazó Wayne—. Yo creo que precisamente el portafolios sería lo único que quedaría entero. ¿Dónde estamos ahora?

—Pronto llegaremos a la salida del lago Tohopekaliga —murmuró Milton—. Yo propongo que si entonces seguimos vivos, abandonemos la autopista, y nos metamos por esas carreteras. Hay mucha vegetación por esa parte, y podremos escondernos hasta que llegue la noche.

—¿Crees que nos dejarán hacer eso? Quizá nos ataquen antes.

—No —negó Milton—. No lo harán, porque cuando aterrizasen, muchos automovilistas se habrían detenido, y no podrían hacerse con el portafolios.

—¡Entonces, lo mejor es que sigamos por la autopista!

—No, Wayne. Ese helicóptero debe llevar radio, naturalmente, y deben haber comunicado ya con más personal que quizá nos esté persiguiendo en coche; saben que vamos por la autopista, así que se irán concentrando en ella. Además, si como dijo Lucy, pueden tener amigos más al norte, también los avisarán, y nos estarían esperando al final de la autopista, o en todas las salidas… Tenemos que abandonarla ahora, cuanto antes; es el único modo de despistarles, la única oportunidad.

—Pero vayamos adonde vayamos, el helicóptero nos puede seguir.

—Que lo haga. Pero lo vamos a meter en tal lío de carreteras que no podrán informar a sus amigos de dónde estamos.

—¿Y sí descienden para atacarnos?

—Eso pueden hacerlo en cualquier momento. Y siempre será mejor enfrentarnos sólo a los tipos que pueda haber en el helicóptero que a los que puedan acorralarnos con varios coches.

Wayne Bolt asintió con un gesto, y volvió a mirar el helicóptero.

—¿Cómo demonios han podido encontrarnos? —masculló.

Era una buena pregunta, pero, por el momento, ninguno de los

tres podía dar una respuesta.

Apenas diez minutos más tarde apareció el anuncio de la inminente salida al lago Tohopekaliga, y Lucy preguntó:

—¿Salgo o no?

—Claro que sí —gruñó Wayne—. ¿O te parece que Milton ha dicho alguna tontería?

—No.

Poco después, abandonaban la autopista Sunshine. Recorrieron un tramo de la Estatal 192, a la izquierda de la autopista, y luego se desviaron a la derecha por una carretera comarcal, estrecha, y no precisamente de piso de cristal. La vegetación a ambos lados comenzaba a ser abundante.

Y el helicóptero seguía sobrevolándolos. Lo vieron adelantarse, y regresar un par de minutos más tarde para colocarse de nuevo encima.

—Me parece —musitó Wayne— que tú tampoco has tenido una gran idea, Milton.

Esto quedó demostrado unos minutos más tarde, cuando Lucy detuvo el coche y lanzó una exclamación ahogada.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa ahora? —Gruñó Milton.

Lo vieren incluso antes de que Lucy señalase hacia delante. Y lo que vieron los dejó helados: delante de ellos estaba el lago, eso era todo; la carretera conducía a él, y lógicamente, terminaba allí. El lago parecía un espejo al sol.

Y la no menos reluciente máquina voladora estaba descendiendo verticalmente, por detrás de ellos, de modo que no podían dar la vuelta y escapar hacia otra carretera.

—Cuando se adelantaron vieron que la carretera terminaba aquí —susurró Milton—. Lo siento.

—¡Nos van a matar! —gimió Lucy—. ¡Sé que querrán matamos!

—Bueno —dijo Wayne—, en cambio, nosotros queremos vivir. ¡Salgamos de este trasto! ¡Milt, los bombones!

Se apearon los tres rápidamente. A unos cincuenta metros detrás de ellos, en la carretera solitaria, el helicóptero había tomado ya tierra, y ya no oían su zumbido; las aspas describían las últimas vueltas.

Tres hombres saltaron del helicóptero, y, al ver a uno de ellos,

Wayne lanzó una exclamación:

—¡El bigotudo! ¡Maldita sea su…!

Era, en efecto, uno de los dos bigotudos del terceto de morenos que habían llegado en taxi al Ocean Hotel justo cuando ellos lo abandonaban. Así que ya sabían cómo los habían localizado: los bigotudos habían visto a los dos boxeadores y la chica rubia en el deportivo descapotable, y cuando los dos tipos de la *suite* hicieron una descripción de los dos atléticos sujetos que los habían aporreado y les habían requisado el portafolios, los bigotudos y el afeitado los recordaron, recordaron también el coche descapotable y habían organizado a toda prisa la persecución…, con la suficiente inteligencia para comprender que en la primera fase de la fuga irían por la ruta más despejada, más rápida.

Todo esto lo comprendió Wayne en una fracción de segundo, apenas ver al bigotudo, y mientras lanzaba su maldición…, que no pudo terminar. El bigotudo había alzado, estirado, el brazo derecho. Y en seguida, por encima de las cabezas de Lucy, Milton y Wayne, restalló la bala, con un seco ¡*crack*!, que les hizo encogerse, sobresaltados.

Un instante después, corrían por entre la vegetación. Sin duda, seguían disparándoles, pero no oían nada, salvo el crujir de algunas plantas o ramas al ser alcanzadas por las balas, afortunadamente muy desviadas.

La cosa estaba clara: les disparaban con silenciador, y sólo aquella primera bala que había pasado sobre sus cabezas había1 sido audible para ellos, al perforar el aire.

Lucy se detuvo de pronto, y Wayne, que corría tras ella, chocó con su espalda, casi derribándola. La sujetó por la cintura, y ella se volvió y se abrazó a él.

—No puedo…, no puedo más —jadeó.

Milton se detuvo junto a ellos. El silencio pareció envolverles de pronto. Sólo se oía el contenido jadeo de Lucy Hartman, que desfallecía en brazos de Wayne. Milton Denver desvió la mirada, y susurró:

—Si nos detenemos, nos alcanzarán.

La lógica era aplastante. Pero ambos sabían que aunque no se detuviesen, acabarían por alcanzarlos, pues Lucy no podría soportar en modo alguno el tren de huida de dos atletas que durante quince

años habían visto amanecer haciendo *footing* en el campo, fortaleciendo sus pulmones y corazón y endureciendo sus piernas. Era completamente imposible que ella lo soportase.

—Bueno —susurró Wayne—, ¡pues que nos alcancen! Escóndete entre esas matas, Lucy.

—Nos verán, nos… nos…

Wayne la besó suavemente en los labios, y la empujó.

—Haz lo que te digo. Y no te muevas, ni salgas de ahí pase lo que pase. Dale el portafolios, Milt.

Lucy desapareció entre la vegetación, con el paquete que contenía el portafolios. Los dos púgiles se miraron, y asintieron con un gesto. Caminaron un poco más, antes de esconderse a su vez entre la vegetación.

Silencio.

Silencio absoluto.

Un par de minutos después, comenzaron a oír el movimiento de la vegetación, leves susurros que parecían de seda. Milton y Wayne se veían el uno al otro, y el primero hizo un gesto como de sacar una pistola y disparar, señalándose luego el pecho… Wayne tardó un par de segundos en comprender: aquellos tipos del helicóptero, seguramente creían que ellos también estaban armados. Y eso era lo único que podía salvarles…

El bigotudo apareció de pronto por entre unas matas, con la pistola por delante, moviendo sus ojillos negrísimos a todos lados. ¿Dónde estaban los otros dos?

Wayne y Milton tuvieron que comprenderlo en el acto: se habían separado, y estaban batiendo el terreno de modo que los obligarían a desplazarse hacia la orilla del lago. Y una vez allí, todo lo que podrían hacer para ocultarse sería lanzarse al agua y convertirse en peces…

Wayne estaba haciendo señas a Milton, y éste las captó, finalmente. Wayne había puesto las dos manos en una delgada rama, e hizo un gesto como de romperla, señalando luego a Milton y después hacia el bigotudo. Milton negó enérgicamente, tocó a su vez otra rama, y se señaló a sí mismo. Wayne alzó el puño hacia su amigo, en claro gesto amenazador: quería ser él quien rompiese la rama, atrayendo la atención y quizá las balas del bigotudo, mientras Milton atacaba a éste. Y no había más que hablar. De todos modos,

¿cuál de los dos iba a arriesgarse más?

El bigotudo había dado cuatro o cinco pasos más, muy cauteloso. Parecía un viejo gato desconfiado.

Milton comenzó a deslizarse hacia él. Desde donde estaba, Wayne veía el rostro de su amigo, cubierto de sudor, tenso. Esperó unos segundos más, y, de pronto, rompió la ramita.

La cabeza del bigotudo giró hacia allá como movida por un velocísimo mecanismo, y la pistola quedó orientada en aquella dirección.

Plop, chascó el amortiguado disparo.

Plop, plop.

Wayne apretó las mandíbulas cuando la tercera bala pasó rozando su cuello, produciéndole la sensación de un latigazo. Rodó hacia atrás, haciendo mucho más ruido, y otras dos balas le siguieron, haciendo saltar fragmentos de helechos.

El bigotudo giró ya decididamente hacia allí, volviendo la espalda al agazapado Milton, que no vaciló ni un instante. Salió de entre los arbustos tan rápidamente, que cuando el bigotudo quiso volverse al oír el ruido, ya lo tenía a su espalda.

El brazo izquierdo de Milton pasó por la garganta del bigotudo, en una presa brusca y terrible, que le cortó en el acto la respiración; mientras, la mano derecha de Milton pasó por encima del hombro del menudo hombrecillo, y asió la mano, triturándola contra la pistola, con tal fuerza que los dedos del bigotudo crujieron al ser rotos como si fuesen simples fideos.

La lucha fue silenciosa y breve. Entre los brazos de Milton Denver, el hombrecillo moreno no tenía la menor oportunidad. Y por suerte para él, Milton era tan, tan fuerte, que la estrangulación fue rápida y contundente.

Cuando Milton depositó cuidadosamente el cadáver del bigotudo en el suelo, acolchado de hojas podridas, unas gotas de sudor se desprendieron del rostro del púgil. Estaba lívido. Wayne apareció ante él, se inclinó, y quitó la pistola de entre los triturados dedos del bigotudo.

Luego, miró a su amigo y se mordió los labios. Tanta él como Milton habían pegado palizas tremendas en un *ring*…, y en ocasiones, las habían recibido buenas. Pero de eso a matar…

—¿Gómez? —Llegó el susurro, a la derecha de Milton—.

¿Gómez?

Milton Denver se volvió, como alucinado, mientras Wayne se dejaba caer de rodillas, exclamando, con voz ahogada:

—¡Agáchate!

Pero Milton no se movió. Estaba como paralizado.

Por delante de él apareció otro de los hombres del helicóptero. Lanzó un respingo al ver a Milton, y le apuntó velozmente…

Plop, plop, disparó Wayne con la pistola de Gómez.

El otro lanzó dos chillidos seguidos, encadenados, mientras se estremecía y soltaba la pistola al recibir el primer balazo y saltaba hacia atrás al recibir el segundo, desapareciendo entre los arbustos, de espaldas.

Como en una imagen de auténtica pesadilla, Wayne Bolt veía todavía la mancha de sangre que había aparecido súbitamente en la blanca camisa del hombre, y luego el reventón de un ojo, antes de caer de espaldas.

Tenía que estar muerto, naturalmente.

Se incorporó, y fue hacia donde había caído el hombre. Primero encontró la pistola, y la recogió. Luego, apartó los arbustos, y vio al hombre, tendido cara al cielo, efectivamente con el ojo derecho reventado, y el izquierdo abierto, desorbitado; en la camisa, la mancha roja se extendía lentamente.

Bolt regresó junto a Denver, que permanecía en la misma postura. Y ahora, los dos estaban igualmente pálidos.

—¿Lo has matado? —susurró Milton.

—Sí.

—¿Y yo?

—También, Milt.

—Dios…

—Sólo queda uno. —Wayne le tendió una de las pistolas—. Recojamos a Lucy, e intentemos escapar. Ve por ella, yo vigilaré.

Lucy contempló con los ojos muy abiertos a Milton cuando éste apareció ante ella, haciéndole un gesto de silencio. Se reunieron con Wayne, que se había puesto un pañuelo en el cuello, y regresaron hacia la carretera, siempre en silencio.

Aparecieron muy cerca del helicóptero, que ocupaba todo el camino, pero el problema fue resuelto fácilmente por los dos púgiles. Cada uno agarró por un extremo del lado derecho del

metálico tren de aterrizaje, inclinados. Se irguieron tirando de él, y el helicóptero cayó de lado fuera del camino, con gran crujido metálico y quebrar de arbustos. Milton se acercó, apunto hacia él tablero de mandos, y disparó tres veces, inutilizando por completo el aparato; al menos, provocando tal avería que, sumada a la rotura de las aspas, dejaba fuera de combate por muchas horas el artefacto volador. O por días, según cómo reaccionase aquella gente.

Wayne y Lucy había ido al coche; la muchacha maniobró, y regresó en dirección al helicóptero. Se detuvo delante de Milton, que saltó al asiento de atrás… Desde la masa de vegetación llegaba la voz del último enemigo, llamando a sus compañeros:

—¡Castro! ¡Gómez!

El deportivo salió disparado, regresando en dirección a la autopista, mientras de entre la vegetación aparecía el tercer hombre, gritando y apuntándoles con su pistola. Dos secos trallazos resonaron por encima del descapotable, mientras Milton, vuelto en el asiento de atrás, disparaba a su vez, sin importarle hacer blanco o no, buscando solo lo que precisamente consiguió: que el tercer hombre se asustase, y buscase cobijo entre los arbustos.

En pocos segundos, fue dejado atrás.

Fin de aquel problema… por el momento.

CAPÍTULO IV

Hacia las nueve y media de la noche se detuvieron para llenar el depósito de combustible. Era la segunda vez. La primera lo habían hecho en un lugar llamado Chuluota, adonde habían llegado sin tener ni idea de dónde estaban, tras desorientarse un par de veces.

Pero en Chuluota compraron un mapa de las carreteras de Florida, y pudieron orientarse debidamente. Chuluota estaba en el cruce de tres carreteras comarcales, aproximadamente a la altura de Orlando, que quedaba hacia el oeste, a unas quince millas. Pero ellos no tenían que ir hacia el oeste, sino hacia el norte, y Lucy, que había sido la que decidió comprar el mapa, sugirió la ruta y la siguiente parada para repostar.

La parada elegida por Lucy fue Pomona Park, en la Interestatal 17, cerca de Palatka. Desde Chuluota hasta Pomona Park, fue Milton Denver el encargado de conducir, relevando a Lucy, que pasó al asiento de atrás, con Wayne. La capota fue echada.

Y, en cuanto se hizo oscuro, Wayne Bolt y Lucy Hartman comenzaron a besarse dentro del coche. Allí, en el asiento de atrás, la oscuridad era considerable, pero Milton podía verlos perfectamente, mirando de cuando en cuando por el retrovisor. Conducía muy pálido, al principio, con los dedos crispados en el volante… Hasta que comprendió que no era Wayne quien había iniciado la romántica escena, sino Lucy.

Sí. Había sido ella, tuvo que admitirlo. Y también tuvo que admitir que Wayne, al principio, había ido rechazando los acercamientos de la bella rubita, incluso, en un momento dado, con un gesto brusco, que no correspondía a su modo de ser.

Pero Lucy Hartman era toda una gatita, y Wayne acabó

correspondiendo a su acercamiento.

«No puedo culparle», pensó repetidamente Milton.

No.

No podía culparlo. Sin duda alguna, habían llegado los tiempos de mala suerte para ambos. Después de estar ahorrando un montón de años, con voluntad de hierro, el granuja de Charlie Twinty los había dejado sin un centavo. Y para colmo, se meten en un lío en el que ya habían muerto dos hombres, acompañando a una muchacha… que les había gustado a los dos.

¿Es que Wayne Bolt era un mal amigo?

Milton decidió que no. Evidentemente, Lucy le había elegido a él, eso era todo. Y, con toda honestidad, Milton Denver tuvo que admitir que si Lucy le hubiese elegido a él, habría hecho lo mismo que Wayne: aceptarla. A fin de cuentas, ninguno de los dos tenía derecho alguno sobre Lucy, de modo que ella podía elegir libremente, y el no elegido no podía reprochar nada al amigo. Habría sido absurdo. Buena suerte, Wayne. Y… mala suerte, Milton: encuentras por fin una chica que parece valer la pena de verdad, y ella se queda con tu mejor amigo. Mala suerte, muchacho.

El espíritu deportivo de Milton Denver se fue sobreponiendo a la situación, pero cuando, finalmente, llegaron a Pomona Park, su humor no era precisamente bueno.

Detuvo el coche delante del surtidor de gasolina, y se volvió en el asiento, señalando hacia la fachada del parador.

—Deberíamos cenar algo, supongo. Podéis adelantaros a pedir la cena, mientras lleno el depósito.

Se dio perfecta cuenta de la fija mirada de Wayne, que parecía estudiarlo como nunca, queriendo adivinar sus pensamientos.

—No creo que venga de dos minutos, Milt.

—Claro que no. Pero no ganáis nada estando sentados como tontos en el coche.

—Está bien. Vamos, Lucy.

Salieron del coche, y se fueron hacia la entrada del parador, agarrados de la mano.

—¿Lleno?

Miró casi sobresaltado al empleado del surtidor.

—Sí… Sí.

Mientras le llenaban el depósito, Milton Denver recordó, una vez

más, a aquellos dos hombres que habían matado cerca del lago Tohopekaliga, y se sorprendió de que tuviese apetito después de aquello, Claro que hacía ya varias horas, pero… Bien, ¿era posible que un hombre aceptase más pronto o más tarde sin inmutarse que había matado a otro? Habían matado a dos hombres. ¿Y a cambio de qué?

De un portafolios.

Un portafolios que tenía valor para Lucy y para aquellos hombres, no para él y Wayne. Y de todos modos, ¿qué contenía aquel portafolios de acero, y cuál de las dos partes tenía realmente la razón? ¿Cuáles eran los «buenos» y cuáles los «malos»? Una idea iba penetrando en la mente de Milton Denver: ellos, Wayne y él, estaban siendo manejados por Lucy, y eso era todo. Sí, señor, la muchacha había sabido escoger a sus… colaboradores: dos tipos fuertes, que no temían a nada y, sin duda alguna, tan ingenuos que una belleza como ella podía sacar buen partido de ello.

«Me pregunto —reflexionó— cómo demonios hemos aceptado Wayne y yo meternos en este lío».

¿Por dinero? Bueno, diez mil dólares no eran como para despreciar, la verdad. Sí, diez mil. Doble o nada. La inicial oferta de cinco mil había sido superada por Lucy sin pestañear, sólo aclarando que no podría pagarles hasta que llegasen a destino…

El empleado de la gasolinera estaba limpiando de cadáveres de mosquitos y bichos diversos el cristal parabrisas. Milton preparó el dinero, pagó poco después, y fue a estacionar el coche junto a varios más, al otro lado del parador.

Se apeó, sin olvidar ni por asomo la caja de bombones, y, tras cerrar el coche, fue hacia la puerta. Al pasar por delante de una de las ventanas vio a Lucy y a Wayne, sentados juntos a una mesa con un mantel a cuadritos rojos y blancos. Lucy reía, brillantes los grandes ojos, y tenía asida una mano de Wayne.

«Seguramente —admitió el muy deportivo Milton—, la chica ha elegido bien. Sí, creo que Wayne es mejor que yo en todo».

Cuando entró, Wayne le vio en seguida y soltó su mano de las de Lucy, que miró hacia la puerta y le sonrió al verlo. Milton se sentó frente a ellos.

—¿Habéis pedido para mí también?

—Hombre, Milt… ¡Claro!

—Bien. Francamente —miró alrededor y luego a Lucy—, creo que podrías haber elegido otro sitio para repostar. Este lugar es un tanto sombrío.

—¿Qué más da? Miré el mapa, pensé que este sitio era bueno, y eso es todo.

—¿No lo conocías de antes?

—No. Sólo pensé que esto era conveniente para el viaje de noche.

Milton miró a Wayne, y de nuevo a Lucy.

—¿Qué quieres decir?

—Wayne conducirá ahora, hasta que se canse, en dirección al norte, claro está. Y pienso que, puesto que es de noche y por tanto muy difícil de distinguir un coche de otro, podríamos aprovechar para ganar tiempo viajando de nuevo por la Nacional 1. Incluso conduciendo con mucho cuidado, por la mañana podríamos estar ya muy arriba en el estado de Georgia.

—Parece una buena idea —admitió Milton—. Voy a pedir un Martini doble.

Wayne Bolt le contempló estupefacto un instante. ¿Milton iba a beber alcohol, aunque sólo fuese un Martini, y aunque ya no tuviese que subir nunca más en serio a un *ring*? Se sobrepuso rápidamente, sonriendo.

—Buena idea, Milt. Y me parece que los dos podríamos ya ir haciéndonos a la idea de que podemos atizarnos un copazo de cuando en cuando. Sí, señor, buena idea. ¡Si yo no tuviese que conducir, me atizaría otro doble de ésos!

—Parece que no te quieres perder nada.

Wayne parpadeó, sorprendido por la seca respuesta. Pero sonrió de nuevo en seguida, y llamó con una seña al camarero, señalándole luego a Milton. Éste pidió el Martini doble; bebió un trago, miró a la pareja que tenía enfrente, y sonrió.

—Vaya —sonrió también Wayne—. ¿Es bueno, Milt?

—Si quieres saberlo, pide uno sencillo.

—Hombre, ya me gustaría, pero…

—¡He olvidado el bolso en el coche! —exclamó Lucy—. ¿Lo has cerrado, Milton?

—Claro que sí. Pero el portafolios está aquí.

—Lo he visto. Sólo quiero mi bolso.

—Te lo traeré —empezó a ponerse en pie Wayne.

—No, no. Seguid charlando. ¿Me das la llave, Milton?

Durante unos segundos, la situación resultó notablemente tensa. No sólo Milton, sino incluso Wayne contemplaba con cierto destello de desconfianza en sus ojos a Lucy Hartman. Finalmente, Milton miró a Wayne, con seco gesto.

—¿Qué esperas? Dásela. Si nos deja aquí plantados, deja también el portafolios.

—Sois un par de tontos —se impacientó Lucy—. ¡Sólo quiero mi bolso, para luego ir al lavabo a arreglarme un poco!

Milton Denver le tendió la llave del coche, y Lucy salió del parador. Durante unos segundos, los dos amigos estuvieron silenciosos. De pronto, Wayne sonrió, divertido.

—Estaría bueno que ahora la nena se largase con el coche y con nuestras maletas. Al final, nos van a robar hasta la camisa… Me parece que somos un buen par de tontos, Milt.

—Tú estás ganando algo en esto.

Llegó el camarero con el Martini que Milton había pedido por señas para Wayne. Éste lo miró, abrió la boca, y movió negativamente la cabeza. Era de esperar que hubiese en su vida momentos mejores que aquél para empezar a beber, aunque fuese sólo un aperitivo.

—Milt, ¿qué quieres que haga? —musitó.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella. Mira, no sé qué hacer… Quiero decir que una mujer no vale la pena de que dos amigos como nosotros tengan que mirarse con mala cara, y mucho menos, discutir.

—¿Estás hablando en serio?

Wayne Bolt frunció el ceño. ¿En serio? ¿Él estaba hablando en serio? ¡Con lo que le chinchaban las personas que hablaban en serio…!

—Alguna vez tenía que hacerlo —sonrió.

—Pues has elegido el peor momento, viejo chivo.

—No quiero abandonar nuestra amistad, Milt.

—Yo tampoco quisiera, te lo juro, Wayne.

—Bueno…, ¿qué hacemos?

—La cosa es bien simple: ella te prefiere a ti. Así que no hay nada más que hablar.

—Eso no está decidido, Milt. Vamos, no me digas que un tipo correoso como tú da por perdido el combate cuando apenas acaba de sonar la campana.

—Maldita sea tu estampa. ¿Me estás desafiando?

—Pues —sonrió Wayne, simpáticamente—, creo que alguna vez teníamos que enfrentarnos, ¿no te parece?

—¿Sigues hablando en serio?

—Soy un idiota, pero, sí.

—De acuerdo.

—¿Te importa que brinde con agua?

—No… ¿Brindar? ¿Por qué?

—Por nuestra amistad, hombre.

Se quedaron mirando fijamente. Milton Denver notaba un grandioso nudo en la garganta. Alguien dijo una vez que quien tenía un buen amigo, era rico. Bueno: él era millonario, en ese aspecto. Y una cosa era cierta; no consentiría de ninguna manera que Wayne fuese menos millonario que él. Le estaba demostrando una amistad que sobrepasaba cualquier descripción. Okay. El sabía lo que tenía que hacer para corresponder adecuadamente.

Alzó el Martini doble.

—Por nuestra amistad, Wayne.

—Y vivan nuestras madres.

Cuando Lucy regresó, casi diez minutos más tarde, Milton había terminado sobradamente el Martini y la cena estaba servida. Aparte de eso, había otra novedad: los dos púgiles estaban riendo a mandíbula batiente, llenos de lágrimas los oíos.

—¿Y ahora —se sentó la muchacha—, cuál es el chiste?

—¡No es un chiste! —exclamó Milton—. ¡Es que Wayne me ha contado lo que estaba soñando cuando lo desperté al aparecer el helicóptero!

—¿Y eso tiene gracia? Me gustaría saber qué soñó.

Cuando terminaron de cenar, Lucy todavía reía de cuando en cuando, recordando que Wayne, en su sueño, había llamado «dulce muchacha virginal» al estafador Charlie Twinty… O algo así.

—Mientras tomáis café, voy a arreglarme un poco.

—¿Tú no quieres?

—No. Yo quiero dormir. Y el café me mantendría despierta.

—Entonces, nosotros tornaremos café —dijo Milton.

Cuatro o cinco minutos más tarde, Lucy regresó de los servicios. Los dos hombres se pusieron en pie y Wayne llevó la mano al bolsillo.

—Esperadme en el coche, mientras pago.

—Recuerda que tú conduces ahora —dijo Milton.

Salieron éste y Lucy del parador. La muchacha abrió las puertas, y pasó al asiento de atrás. Milton se sentó a su lado, tras dejar la caja de bombones en el asiento contiguo al del conductor.

—Esperemos que no aparezca otro helicóptero —dijo.

—Son capaces de todo —susurró ella—. Tienen muchos amigos por aquí, y todos deben estar avisados: Por favor, Milton, bésame.

Denver se quedó mirándola, atónito.

—¿Qué?

Ella se acercó a él, le echó los brazos al cuello, y acercó su boquita a la del púgil.

—Oh, eres tonto… Los dos sois tontos. ¿No comprendes que te amo?

—¿A mí? —susurró Milton.

Lucy alcanzó su boca, en el principio de un beso al que Milton Denver correspondió en primera instancia con un súbito envaramiento de su cuerpo. Sus labios quedaron rígidos, sus manos inmóviles. Pero a los pocos segundos, sus manos fueron hacia el cuerpo de la muchacha. Notó el estremecimiento de ella, y una mayor intensidad en el beso, al que comenzó a corresponder.

La cabeza inició una serie de vueltas velocísimas, vertiginosas, y los oídos de Milton Denver comenzaron a silbar. Su voluntad para rechazar a Lucy iba disminuyendo rápidamente. Como un relámpago, pasó por su mente el desafío entre él y Wayne… Alguna vez tenían que enfrentarse, cierto. No estaba jugando sucio, ya que Wayne había admitido la jugada. Ganase el que ganase, tenía que ser sin mentiras ni concesiones de ninguna clase. Durante unas horas, él se había ido atragantando a base de bilis viendo a Wayne y a Lucy besándose. Bueno, era su turno, así de simple.

Pero…, ¿qué clase de mujer era Lucy Hartman? O mejor aún: ¿qué pretendía realmente? Los estaba enfrentando.

Eso era.

Milton Denver lo comprendió de pronto. Fue como una revelación: ella los estaba enfrentando, se proponía algo jugando

con los dos. Tenía un objetivo, pero…, ¿cuál? Fuese el que fuese, Wayne y él no lo sabrían hasta que sonase la campana anunciando el final del combate. O hasta que alguno de los tres luchadores quedase K.
O. Muy
bien, seguro que no serían ni él ni Wayne.

Tras esta conclusión, la mente de Milton quedó en blanco, todas sus sensaciones se concentraron en el beso que estaba dando y recibiendo… Era como flotar en una nube maravillosa. Ni más ni menos. ¡Dios, qué dulcemente besaba Lucy Hartman…!

Ella se apartó por fin, lentamente, y Milton pudo ver el brillo de sus ojos en la oscuridad del interior del coche.

—Oh, Dios mío —jadeó la muchacha—. ¡Oh, oh, oh!

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz aguda Milton.

—¡Me da vueltas la cabeza! Oh Milton, eres tan maravilloso…

—Estás loca —masculló el púgil—. ¿Qué te propones? ¿No te basta con Wayne?

—Tú mismo lo dijiste —rió ella—. ¡Doble o nada!

—Pero…, pero yo me refería…

Lucy volvió a besarlo, apasionadamente. Milton olvidó a lo que se refería. Lo olvidó todo… La nube flotaba muy alta en un cielo bellísimo, lleno de luz de sol, y al mismo tiempo había estrellas, y luna, y estallidos de planetas que se desintegraban; habían flores, y un enooooorrrmeeeee prado verde, que llegaba hasta un mar ¡azuuuuulllll!…

¡Blom!, resonó, en sus oídos, el tremendo golpe de la portezuela del coche al ser cerrada. Se separaron sobresaltadísimos, respingando, y vieron a Wayne sentado ante el volante.

—La carroza nupcial se va, chicos —masculló.

—Escucha, Wayne…

—¡Vete al demonio!

Milton Denver frunció el ceño. ¿Por qué se enfadaba Wayne, con qué derecho? Había sido un desafío, ¿no? Y ahora le tocaba a Wayne morder volante. ¡Que se jorobase!

El coche salió disparado como por una catapulta…, pero con ello, todo lo que consiguió Wayne Bolt fue que Lucy fuese a caer de nuevo en los brazos de Milton Denver, que antes de besarla pidió, cortésmente:

—¿Te importaría cambiar de posición el espejo retrovisor, Wayne?

El espejo retrovisor cambió de posición debido al puñetazo que le descargó Wayne Bolt.

CAPÍTULO V

Desde Pomona Park fueron a Satsuma, San Mateo y East Palatka por la Interestatal 17. En East Palatka, Wayne tomó el desvío de la estatal 207, que le hizo pasar por Hastings y Elkton, antes de llegar a St. Agustine, donde, finalmente, de acuerdo a lo convenido, metió el coche en la Nacional 1. Desde Saint Agustine a Jacksonville había unas treinta millas, rectas como una flecha, sin más obstáculo que Bayard, en el punto intermedio, así que Wayne pisó el acelerador a fondo.

Si nada les perturbaba, no sólo estarían al amanecer en Georgia, sino en Carolina del Sur, incluso; probablemente, más arriba de Columbia.

Era un placer viajar de noche, sin nada que temer…

Debían ser las once y media de la noche cuando pasó como un auténtico bólido junto a un coche estacionado en el arcén, con el capó del motor alzado. Bueno, si estaba averiado, alguien le ayudaría, pero ellos no podían entretenerse.

Miró por el retrovisor, y se sorprendió al ver que las luces de aquel coche se encendían y, en seguida, se desplazaban a la carretera. Movió el espejo, vio a Milton y a Lucy besándose, y, tras un gruñido, volvió a colocarlo de modo que pudiese ver aquel coche que había estado averiado.

Pues ya no lo estaba, evidentemente, porque seguía rodando tras él. Y dándole alcance.

—Milt… ¡Milt!

—¿Qué…, qué…?

—¡Echa un vistazo para atrás! ¡Me parece que un coche nos está siguiendo!

Oyó la exclamación de Lucy, y los vio a ambos con la cabeza

vuelta hacia atrás.

—Bueno —dijo Milton—, es cierto que tenemos un coche detrás, pero yo diría que quiere adelantamos. ¿Qué tiene eso de malo?

—Estaba parado a un lado de la carretera, con el capó alzado, y en cuanto pasamos nosotros se ha colocado detrás. Nos estaban esperando, conocen el coche.

—¡Ya os lo dije! —exclamó Lucy—. ¡Os dije que lo vigilarían todo, que son muchos…!

—No te pongas nerviosa —murmuró Milton—. Y agáchate: la capota no va a servir de nada, si Wayne está en lo cierto y comienzan a disparamos. ¡Vamos, tírate en el piso del coche!

Lucy desapareció de la línea visual de Wayne, que vio, siempre por el espejo, el brillo de la pistola en la diestra de su amigo.

—Ten cuidado, Milt. Ellos tienen ventaja, precisamente por la capota. Será mejor que tú también te agaches. Quizá yo esté equivocado, y todo sea una coincidencia.

No.

No era una coincidencia.

El otro coche, más potente que el descapotable, fue ganando distancia rápidamente. En un momento dado, lanzó sus luces largas, y Wayne emitió un juramento al quedar deslumbrado en el acto, por el reflejo en el retrovisor. Volvió a cambiarlo de posición de otro puñetazo, y quiso apretar más el pedal del gas. Inútil. Ya iba a tope, hasta el fondo.

Tan sólo un minuto más tarde, el otro coche rebasaba el descapotable, muy correctamente, por la izquierda. De reojo, Wayne vio las siluetas de varios hombres en su interior. Tres o cuatro, le pareció. Uno de los hombres iba haciendo señas, y en su mano derecha relució algo metálico.

—¡Agáchate! —aulló Wayne—. ¡Milt, agáchate!

Oyó los impactos en la capota, por partida doble, al entrar y salir del coche. También oyó un suave silbido, y el sonido de algo que se rasgaba…

—¡Milton…!

—¡Estoy bien!

El otro coche, lanzado a tremenda velocidad, los rebasó finalmente, y en seguida se colocó de nuevo a la derecha, delante del descapotable. Las rojas luces de los frenos brillaron

intensamente, y Wayne lanzó una maldición.

—¡Los muy…!

Giró el volante a la izquierda, y pasó como una exhalación junto al otro coche, que había disminuido la velocidad. Pero éste, inmediatamente, la aumentó, comenzando de nuevo a darle alcance, por la izquierda.

—Quieren que nos detengamos —exclamó Milton, que miraba hacia atrás—. ¡Parece que no desean disparar, Wayne!

—¡Pues están listos!

—Milton, agáchate —pidió Lucy—. ¡Por Dios, agáchate!

—Tendríamos que hacer algo —rechazó Denver—. ¡Con este coche jamás podremos dejarlos atrás! ¡Ahí llegan!

El otro coche volvió a rebasarlos, y repitió la maniobra anterior, colocándose delante y frenando, constituyéndose en un obstáculo para la marcha del descapotable. Wayne Bolt apretó los labios y volvió a hacer también la misma maniobra, desviándose hacia el centro de la calzada para rebasar, a su vez, al otro vehículo… Un coche que llegaba en dirección opuesta pasó a menos de cinco centímetros del descapotable, inundando éste, por un instante, con el sonido de su claxon.

—¡Menudo susto lleva ése! —exclamó Wayne.

—Si sigues conduciendo así, nos vamos a matar —advirtió con voz aguda Milton.

—Tú déjame a mí. ¡Ya verán ésos…!

—No, Wayne —pidió Lucy—. ¡Para, para! ¡Milton tiene razón, nos vamos a matar!

—Es un buen momento: como no tenemos dinero, tendrán que enterrarnos gratis, así que…

—¡Ahí están otra vez! —advirtió Milton.

Una vez más, el otro coche los adelantó, insistiendo en su maniobra de frenar delante del descapotable.

—Ya me han hinchado las narices —masculló Wayne.

Aprovechando la disminución de la velocidad del otro, lo alcanzó nuevamente… Pero esta vez, no lo adelantó: giro el volante a la derecha, y el descapotable golpeó en el lado izquierdo del otro coche, cuyos neumáticos rechinaron con fuerza al ser desplazado hacia el arcén.

—¡Wayne! —aulló Milton—. ¿Estás loco?

La respuesta de Wayne Bolt fue lanzar de nuevo el descapotable contra el otro vehículo. De nuevo crujieron las planchas metálicas y rechinaron los neumáticos.

Wayne tenía vuelta la cabeza hacia el otro coche y vio el demudado rostro del conductor, en cuya silueta destacaba un gran bigote que ocultaba su boca.

—¡Otro de los bigotudos! —exclamó.

Al mismo tiempo, veía tras el bigotudo el brillo de una pistola, y comprendió que les iban a disparar. Giró el volante más a la derecha, con decisión, apretando los dientes. Más crujido de plancha metálica, chirriar de neumáticos… Dentro del otro coche brilló un fogonazo en el mismo instante en que las dos ruedas derechas salían del arcén.

Por un instante, Wayne vio el otro coche en insólita posición, alzado por el lado izquierdo.

Un segundo después, ya no lo veía.

Enderezó el coche hacia el centro de la calzada, y miró por el retrovisor. Lo vio todo casi con la misma claridad que Milton y Lucy, cuyos ojos estaban desorbitados: el otro coche había salido de la carretera, e iba dando saltos y tumbos, lanzando sus luces hacia arriba y abajo, a derecha e izquierda… De pronto, dio una vuelta de campana, rebotó, cayó de lado, volvió a rebotar, cayó de nuevo…, y se convirtió en una gran llamarada, que todavía continuó dando vueltas…

—¡Dios! —exclamó Milton.

Estaba tan lívido como Lucy, pero ninguno de los dos lo estaba tanto como Wayne Bolt, cuyas manos parecían querer convertir en polvo el volante.

Muy poco después, a marcha moderada, pasaban por Bayard. Y una vez dejada atrás esta localidad, Wayne aceleró de nuevo. Las quince millas hasta Jacksonville fueron cubiertas en otros tantos minutos. Cruzaron Jacksonville sosegadamente, y salieron por la Nacional 17, en dirección a Oceanway, desistiendo por el momento de utilizar la Nacional 1.

Siempre por la 17, pasaron por Yulee, y poco después cruzaban el puente sobre el St. Marys River, entrando en el estado de Georgia, en dirección a Kingsland.

—Necesito un trago —dijo entonces Wayne.

—Tú no bebes —recordó Milton—. Sería la primera…

—¡Lo necesito! —aulló Bolt—. ¡No sé a qué demonios sabe, ni me interesa, pero no estaré peor que ahora!

—Está bien, Wayne… Seguramente, encontraremos algún bar abierto en el próximo pueblo.

Cerca de Kingsland vieron un parador, a la derecha, que no cerraba en toda la noche, según indicaba un letrero luminoso. El estacionamiento estaba atestado de enormes camiones, junto a los cuales detuvo Wayne el coche, dejando caer inmediatamente los brazos, como si se le hubiesen convertido en plomo.

—Sería mejor esconder el coche hacia el fondo —murmuró Milton.

—Yo lo haré —dijo Lucy.

—¿No vienes a tomar algo? Creo que todos lo necesitamos.

—No podría caminar… Todavía me tiemblan las piernas, Milton. Tú acompaña a Wayne y yo esconderé el coche hacia el fondo. Os estaré esperando en el coche.

—Bien.

Se apearon los dos, y se alejaron unos pasos… De pronto, Milton dio media vuelta, y regresó hacia el coche. Miró a Lucy, vaciló, y acabó por coger la caja de bombones. Lucy lo estaba mirando fijamente, pero él se desentendió para reunirse de nuevo con Wayne, llevando el paquete bajo un brazo, y pasando el otro por los hombros de su compañero.

—¿Te sientes bien, Wayne?

—No lo sé.

—Creo que no te conviene beber nada ahora. Mira, yo tengo el Martini todavía en la garganta, y el estómago me da vueltas… No estamos acostumbrados, así que…

—¡Déjame en paz!

Milton Denver cerró la boca, con fuerza. En modo alguno se sentía disgustado con Wayne, por supuesto. Eran sólo las circunstancias. Las circunstancias… Habían matado a dos hombres junto al lago. ¿Cuántos debía haber en el coche? Por lo menos, tres. Quizá alguno de ellos conservase la vida, pero era poco probable… Por un momento, Milton Denver pensó que todo aquello era un sueño. Deseó que fuese un sueño, una pesadilla. De un modo lejano, irreal, se sentía horrorizado: Wayne y él estaban matando hombres.

Sí, debía ser una pesadilla.

Entraron en el parador, y Wayne se fue directo al mostrador, apartó a uno de los fornidos camioneros y dio una palmada sobre la madera.

—¡Un *whisky* triple! —aulló.

El camionero se quedó mirándolo hoscamente, fruncido el ceño. Los demás también miraban a Wayne, que volvió a dar palmadas sobre el mostrador.

—¡Vamos, vamos, a ver si despiertan!

El camionero que había sido empujado dio un paso hacia Wayne, más fruncido el ceño que antes.

—Oiga, amigo…

Wayne volvió la cabeza, lo miró de arriba abajo, y acto seguido se olvidó de él. El camarero corría ya hacia allí, sobresaltado, temiendo la bronca.

—¡En seguida le sirvo, señor!

El camionero alzó una mano hacia Wayne, pero Milton la agarró en el aire, suavemente, y se colocó entre ambos, empujando sin brusquedad al hombre, apartándolo, mientras susurraba:

—Por favor, no le haga caso. Hemos estado a punto de tener un accidente y mi amigo está muy alterado.

—No me gusta que me empujen —gruñó el otro.

—Lo comprendo y le pido perdón en nombre de mi amigo. Se lo ruego. Vea, me voy a encargar de él, y le aseguro que no molestará a nadie. ¿Le parece bien?

El camionero estuvo unos segundos refunfuñando, y acabó señalando a Wayne.

—No deje que siga conduciendo esta noche. ¿De acuerdo?

—Completamente de acuerdo. Gracias.

Milton se volvió hacia Wayne, que acababa de echarse al estómago, de golpe, el *whisky* triple. Milton lanzó una exclamación y se quedó mirándolo, aterrado. Wayne dejó el vaso sobre el mostrador, y exigió:

—¡Otro!

El camarero miró a Milton, el cual seguía mirando a Wayne. Lo vio enrojecer de pronto, y todo su cuerpo se estremeció. Acto seguido, palideció, y un segundo después su frente se perlaba de finas gotitas de sudor. Su boca se abrió, y sus ojos se desorbitaron…

Se llevó las manos a la boca.

Milton lo asió de un brazo, y miró al camarero, que señaló hacia el fondo del local, a la derecha. Milton se dirigió hacia los lavabos, tirando de Wayne.

Reaparecieron diez minutos más tarde. Wayne estaba demudado, pero su expresión era más normal. Los camioneros le miraban sonriendo irónicamente. El silencio era total en aquel momento, debido a la reaparición de los dos púgiles. Milton dejó un billete sobre el mostrador, y ambos se dirigieron hacia la puerta. Cuando hubieron salido, uno de los camioneros alzó su taza de café, y comentó:

—¡Menuda vomitona ha tenido el tipo!

Afuera, Wayne Bolt estaba aspirando con fuerza el aire fresco.

—Por el amor de Dios —masculló—, ¿cómo puede gustarle a la gente eso?

—El *whisky* no es tan malo —sonrió Milton—; sólo que hay que saber tomarlo a tiempo y en la dosis adecuada. Vamos a buscar a Lucy.

La encontraron en el fondo del estacionamiento, sentada en la parte de atrás del coche, inmóvil. Más allá, había otro coche ahora, un «Plymouth» oscuro, pero no se veía a nadie en su interior.

Milton empujó a Wayne.

—Siéntate atrás. Yo conduciré.

—Mi turno…

—Déjate de tonterías, Wayne. No estás en condiciones, eso es todo.

Wayne Bolt vaciló, pero acabó sentándose junto a Lucy, mientras Milton se colocaba ante el volante. Dio el encendido y comenzó la maniobra para salir de allí.

—¿Cómo estás? —preguntó Lucy.

—Milton es ése —señaló Wayne—; yo soy Wayne.

—Lo sé muy bien. No sois gemelos, así que yo puedo distinguiros perfectamente. ¿Cómo estás?

—Mal.

Milton estaba ya mirando hacia la carretera, situado el coche en el borde. Lucy miró hacia él.

—Lo mejor sería ir en dirección a Charleston —dijo—. Antes de llegar allá me parece que hay un motel llamado Blue Beach, y

podríamos parar allí para descansar todos un poco.

—Está bien —musitó Milton.

Sacó el coche a la carretera y echó un vistazo por el retrovisor, que tuvo que colocar bien. Quizá no debió hacerlo: Lucy había colocado sus bracitos alrededor del cuello de Wayne, y le estaba besando en la barbilla…

—¿Qué demonios haces? —gritó Wayne.

—Solamente te estoy besando, mi amor.

—¿Tu amor? ¡Si serás…! ¡Vete al cuerno!

—Prefiero estar aquí, contigo.

—Escucha bien esto, nena: si no te apartas inmediatamente de mí, te voy a dar tal torta que saldrás volando por la ventanilla… ¿Me he explicado?

—¿Serías capaz de pegarme? —sonrió Lucy.

—Bueno, mira, déjame en paz.

Lucy se apretó más contra él, y le besó en la boca. Wayne soltó un gruñido, agarró con sus manazas los brazos de ella y quiso quitarlos de su cuello, pero Lucy apretó el cepo.

—Tendrás que rompérmelos para conseguirlo —aseguró.

—¡Pues te los romperé!

—Bueno —aceptó ella.

Milton Denver decidió no volver a mirar por el retrovisor. Tras él no se oía ya nada. ¿Qué clase de chica era Lucy? Una chiflada… Sí, tenía que ser una chiflada. Primero besaba a Wayne, luego a él, de nuevo a Wayne… y a éste le había llamado «mi amor». Bueno, también a él le había dicho «mi amor» antes, cuando iba con ella en el asiento de atrás.

«Está bien —pensó Milton Denver—. Sea lo que sea lo que esté intentando con nosotros, no lo va a conseguir: Wayne y yo somos aña y carne. Ella será la que saldrá perdiendo».

Debían ser cerca de las dos de la madrugada cuando Milton Denver miró por el retrovisor. Wayne estaba como incrustado en un rincón del asiento, y Lucy continuaba abrazada a él, ahora a su cintura, con la mejilla sobre el pecho del púgil. Los dos estaban dormidos.

Milton Denver apretó las mandíbulas, y decidió dedicar, definitivamente, toda su atención a la carretera.

* * *

—¿Dónde estamos? —Sonó de pronto la voz de Wayne.

Milton dirigió una breve mirada al retrovisor, Lucy seguía abrazada a Wayne, al parecer durmiendo todavía.

—Calculo que a mitad de camino entre Savannah y Charleston… Necesitamos gasolina con urgencia.

—Bueno, ¿y por qué no has parado en cualquier sitio?

—No quería despertaros.

—Pues ya estamos despiertos —gruñó Wayne.

—¿Qué hora es? —preguntó Lucy, sin moverse.

—Las cuatro y… No. Casi las cinco. Pronto amanecerá.

Un poco más allá, encontraron una gasolinera, cuyo empleado fue despertado con el claxon.

Hacia las siete de la mañana, cuando ya Wayne y Lucy llevaban intercambiados numerosos besos, Milton señaló hacia delante.

—El Blue Beach —anunció.

—Deberíamos seguir adelante —propuso Wayne.

—He estado pensando en ello —movió la cabeza Milton—, y creo que lo mejor es que nos quedemos ahí todo el día y sigamos el viaje por la noche. Es más seguro.

—Je —dijo Wayne.

—Milton tiene razón —le apoyó Lucy—. Hoy es día ocho, así que tenemos tiempo de llegar a Charleston viajando solo por las noches, incluso yendo lentamente.

Wayne no dijo nada más. Milton desvió el coche por el camino que conducía al Blue Beach Motel, señalado por una flecha y un luminoso que todavía estaba encendido. El motel estaba a media milla de la carretera, pero valía la pena recorrer esa distancia. El lugar era silencioso, con muchos árboles y flores por entre cuyos macizos discurría un sendero de tierra apisonada. Muy cerca estaba el mar y, recortado contra éste, vieron el trampolín de una piscina. Las cabañas estaban diseminadas, como ocultándose entre los árboles y las flores.

—Caracoles —dijo Wayne—, ¡pues no está nada mal este sitio, nena! ¿Habías estado antes aquí?

—Hace un par de años —asintió Lucy.

—¿Con quién? —inquirió vivamente Wayne.

—¿Qué importa eso ahora?

Wayne quedó sumido en sombrío silencio. Al volante, Milton parecía no haber oído.

Poco después, detenía el coche delante de la conserjería y se apeaba rápidamente.

—Esperad aquí, mientras yo arreglo esto.

Entró en la cabaña conserjería, de la cual salió cinco o seis minutos más tarde, portando dos llaves. Se sentó ante el volante, y se volvió, tendiendo una de las llaves.

—Señor y señora Bolt —dijo.

—¿Qué dices? —Respingó Wayne.

—Es una buena idea —tomó rápidamente la llave Lucy—. ¿Tú tienes una cabaña aparte, Milton?

—¿A ti qué te parece?

—Me parece —susurró Lucy— que Wayne tiene un buen amigo.

—Bueno, pues él también tiene un buen amigo —dijo ásperamente Wayne—, así que tú ocuparás una de las cabañas, y nosotros dos la otra.

—¿Qué pensaría el conserje? —rió Lucy.

Poco después, Milton detenía el coche delante de la cabaña 18, y se apeaba. Abrió el maletero, sacó la maleta de Wayne y la de Lucy, las dejó en el porche, y volvió ante el volante. Lucy se había apeado ya, pero Wayne permanecía en el asiento.

—Hasta luego, Wayne —murmuró Milton, sin volverse.

—Escucha, Milt…

—La cosa está clara, ¿no?

—Tú lo has complicado todo. Podíamos haber estado los dos en una cabaña, y Lucy en la otra.

—Voy a conformarme con tener yo el portafolios… A lo mejor, consigo abrirlo. En algo hay que pasar el tiempo.

—Milt…

—¿Quieres salir del coche de una vez?

Wayne Bolt se apeó, lentamente, y Milton se dirigió hacia la cabaña 20, a unos quince metros de la 18.

Hay ocasiones en que lo mejor es arrojar la toalla al *ring*.

CAPÍTULO VI

Debían ser las diez de la noche cuando Wayne Bolt llegó con las maletas al porche de la cabaña 20. Milton abrió a los pocos segundos de la llamada.

—¿Ya estáis listos?

—Sí. Podemos cargar las maletas. Pero antes quiero hablar contigo unos minutos, Milton.

—¿Dónde está Lucy?

—En la cabaña, terminando de arreglarse Pequeñas tonterías de mujeres. —Wayne entró en la cabaña, dejando fuera las maletas—. Hemos pasado un día agradable, ¿verdad, Milt? Parece como si todo lo que ocurrió ayer no fuese real.

—Pero ocurrió.

—Si… En cambio, en la cabaña 18 no ha ocurrido nada. Ya me entiendes.

—No digas tonterías.

Wayne Bolt sonrió, y se dejó caer en el sofá.

—A pesar tuyo, hemos pasado los tres juntos la mayor parte del día. Hemos nadado en la piscina y en la playa, hemos comido bien, hemos descansado… Y eso ha sido todo. Incluso cuando Lucy y yo estábamos solos en nuestra cabaña.

—No puedes estar hablando en serio.

—Me temo que estoy adquiriendo esa mala costumbre —rió Wayne—. Vamos, Milton, ¿por qué tendría que mentirte?

—Es evidente que ella te ama a ti, Wayne.

—¿Evidente? No sé. Es una chica rara, Milt. Tan dulce, tan cariñosa… ¡Incluso se ha enfadado conmigo porque me he negado!

—No has debido hacerlo.

—Eso era jugar con ventaja contra ti. No, no, no… Quiero que

lleguemos al final de esto, y entonces le preguntaremos a Lucy a cuál quiere realmente, y qué demonios pretende. Su comportamiento no es normal respecto a los dos, Milt. Así que yo estoy hecho un lío, me arde la cabeza. Desde luego, ahora ya no vamos a volvemos atrás, pero hay que admitir que nos hemos complicado la vida con una… chiflada, Y hemos matado a algunos hombres. No sé cómo terminará todo esto, pero es de suponer que se aclararán las cosas. Sólo entonces nos tomaremos en serio lo de Lucy, en lo personal.

—Yo creo —susurró Milton— que te estás pasando de buen amigo, Wayne.

—¿Tú no habrías hecho lo mismo?

Milton Denver lo miró asombrado. Luego, frunció el ceño, y quedó silencioso, pensativo, durante casi medio minuto. Por fin, sonrió secamente, y miró a Wayne.

—Q ella o nosotros estamos locos —dijo.

—¿Habrías hecho lo mismo o no?

—Creo que sí.

—Entonces, seguramente somos nosotros los locos —rió Wayne —. Pero locos o no, ése es el pacto. Y, Milt, pase lo que pase al final, seguiremos siendo amigos… para siempre. ¿Sí, Milt?

Milton asintió, gravemente.

—Sí, Wayne. ¡Maldita sea…! ¿Por qué ha tenido que pasarnos esto a nosotros, precisamente a nosotros?

—A otras personas, pasan cosas peores. Conocí a un…

La llamada a la puerta de la cabaña le interrumpió. Milton fue a abrir.

—¡Hola! —Saludó Lucy—. ¿Estáis preparados?

—Claro —dijo Wayne, poniéndose en pie—. Puesto que soy el socio capitalista, iré a pagar. Recogedme en la conserjería.

—De acuerdo —sonrió Lucy, mirando fijamente a Milton.

Wayne salió de la cabaña. Durante unos segundos, Milton y Lucy permanecieron silenciosos, ella mirándole a él, y él mirando al suelo. Hasta que se movió.

—Sacaré mi maleta —dijo.

Lucy no contestó. Milton recogió su maleta y caminó hacia la puerta, sosteniéndola con la mano derecha. Bajo el brazo izquierdo, cuya mano sostenía el maletín, llevaba la caja de bombones.

—¿No has podido abrirlo? —preguntó Lucy.

—No.

—¿Has probado a hacerlo con un cuchillo, o algo así, forzando el cierre?

—He visto demasiadas películas de espionaje para hacer semejante cosa; podría haber algún mecanismo de seguridad que lo hiciese explotar o algo así.

Lo dijo intentando mostrar un cierto buen humor, pero para su sorpresa, Lucy asintió, seria.

—Sí, podría ser.

—Tus palabras pueden significar que sabes lo que contiene, Lucy.

—No, no lo sé; pero podría ser algo parecido a lo que tú has dicho.

—Bien… Pues me alegro de no haberlo forzado. ¿Vamos?

Lucy se colocó delante de él, siempre mirándolo fijamente.

—¿No vas a besarme, Milton? —susurró.

Milton Denver pudo contener una exclamación que habría sido de asombro y rabia. Sí, pudo hacerlo. Consiguió quedarse mirando a la bella rubita, simplemente. No podía dudar que ella estaba jugando con los dos, pero ¿qué demonios se proponía?

—Con mucho gusto —dijo.

Lo dejó todo en el suelo y la abrazó por la cintura. Naturalmente, ella se colgó de su cuello. Cerró los ojos y susurró:

—Bésame muy muy fuerte, mi amor… ¡Lo he estado deseando tanto!

Por un instante, Milton Denver tuvo el impulso de apartar a Lucy, golpearla, hacerla papilla con sus puños. Pero al mismo tiempo, veía aquellos labios sonrosados tan cerca de los suyos, y oía la respiración anhelante de ella, y notaba su cuerpo contra él, palpitante… El juego seguía. Y, en definitiva, él, igual que Wayne, se estaba enamorando de verdad de aquella… gata perversa que estaba jugando con los dos, como si fuesen dos ratoncitos…

Entre desesperado y furioso, Milton Denver besó los tiernos y frescos labios de Lucy Hartman. Ella emitió un gemidito al corresponder al beso, y la cabeza de Milton comenzó a dar vueltas…

La llamada a la puerta los sobresaltó a los dos, que se separaron

vivamente y se quedaron mirándose. ¿Había pasado tanto rato para que Wayne hubiese pagado y hasta había tenido tiempo de impacientarse?

Milton abrió la puerta… y se quedó mirando la pistola con silenciador que apuntó a su pecho.

Detrás de la pistola, sonó la voz, en inglés, pero con claro acento extranjero:

—Adentro. Y mucho cuidado con lo que hace.

Milton alzó la mirada hacia el hombre. Lo reconoció en seguida: era el tercero del grupo que había llegado al Ocean Hotel cuando ellos se marchaban. Los dos bigotudos habían muerto, pero todavía quedaba aquél…

Y ciertamente, no llegaba solo. Mientras retrocedía hacia el interior de la cabaña, vio a los otros tres, también empuñando sus pistolas. Y uno de esos tres era el que habían dejado a pie junto al lago Tohopekaliga, disparándoles… Fue éste quien cerró la puerta, y se quedó mirando con clara expresión de odio al púgil.

—Volvemos a encontrarnos, señor —dijo.

—Cierra la boca, Vallejo —dijo el que, sin duda alguna, mandaba el grupo—. Y ved si lleva armas.

Tras decir esto, apuntó a la cabeza de Lucy, que estaba pálida, inmóvil, incapaz de reaccionar. Y Milton comprendió: si intentaba algo, la primera en morir sería Lucy. Así que se dejó quitar la pistola conseguida junto al lago, sin rechistar.

—El otro volverá en seguida, Perales —recordó uno de los sujetos.

—Está previsto. Lo esperaremos. Vigiladme bien a estos dos, y si intentan algo o gritan, liquidadlos. Sin contemplaciones.

Vallejo señaló hacia el sofá con la pistola, y Milton y Lucy fueron a sentarse allí. Perales estaba mirando el paquete envuelto en papel de periódico. Lo agarró, lo puso sobre sus rodillas tras sentarse en un sillón, y retiró las hojas de periódico. Alzó las cejas al ver la caja de bombones, pero en seguida sonrió, la abrió y se quedó mirando el portafolios. Lo tiró todo a un lado, quedándose solamente con el portafolios, al que comenzó a dar vueltas, mirándolo por todos lados.

—El capitán Carmody y el teniente Trask sabrán cómo se abre —sugirió Vallejo—. Y como les avisamos por la radio, no creo que

tarden en llegar.

Perales asintió, pero todavía continuó mirando el portafolios durante unos segundos. De pronto, miró a Milton.

—¿CIA? —preguntó.

—¿Qué? —Gruñó Milton.

—Ustedes deben ser de la CIA. ¿Cómo consiguieron la pista del capitán Carmody y el teniente Trask? ¿Cómo podían saber que estarían en Miami, precisamente en el Ocean Hotel?

—Listo que es uno —dijo Milton, sorprendiéndose a sí mismo.

Perales le contempló con fría ironía.

—No demasiado listo, amigo. ¿No se les ocurrió que podían haber utilizado el helicóptero para escapar más rápidamente, en lugar de estropearlo?

—¿Y a usted no se le ha ocurrido que si no utilizamos el helicóptero fue porque ninguno de los tres sabíamos pilotarlo?

—Oh… ¿No saben? Entonces, ¿no son de la CIA?

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Los agentes de la CIA de la especialidad de ustedes saben todos manejar un helicóptero. Es pura rutina.

—Ya. ¿Y cuál es nuestra especialidad?

—La acción, naturalmente.

—¿Qué acción?

Perales le dirigió una torva mirada.

—Es usted muy gracioso, ¿verdad?

—Mi amigo aún lo es más —aseguró Milton.

—Estupendo. Así nos reiremos todos con sus chistes. Si no son de la CIA, ¿de qué organismo son, y cómo han sabido lo que hacían Trask y Carmody?

—No sé quiénes son esos dos.

—¿No? Bueno, son los dos hombres que usted y su amigo golpearon en el Ocean Hotel.

—Ah… ¿Y son capitán y teniente? ¿De qué?

—¿Usted no lo sabe?

—No.

—Entonces, ¿qué sabe? ¿Por qué se ha metido en esto? Deduzco que tampoco son del Servicio de Inteligencia Militar, así que… ¿quiénes demonios son ustedes?

—¿Y usted quién demonios es? —preguntó a su vez Milton, de

mal talante.

Perales se quedó mirándolo estupefacto.

—Tiene… narices el tío este, ¿verdad? —sonrió Vallejo, aviesamente.

—Yo diría que los tres tienen narices —asintió Perales—. Saben que les estamos persiguiendo con todos los medios, y se quedan en un motel tan tranquilos. Cuando uno de los helicópteros informó que el descapotable había sido localizado aquí, me pareció imposible. Y no. Aquí están, la mar de tranquilos, aunque parece que se disponían a marcharse ya. Seguramente decidieron viajar de noche. ¿Es así?

—Sí.

—Pues ya ven lo que ha pasado. ¿Y ella quién es? —señaló Perales a Lucy.

—Una simple ayudante. Es la amante de mi amigo.

—¿La…? Mira qué bien. Son ustedes dos agentes con afición al confort, ¿eh? Salen a trabajar llevándose a la amiguita y todo. ¿Y la de usted?

—Yo no tengo; soy marica.

Nadie rió la broma, pues no tuvo la menor gracia. Para pensar semejante cosa de un sujeto como Milton Denver hacía falta ser imbécil, y ninguno de aquellos hombres debía serlo. Lucy miraba asustada a Milton, que era quien más asustado estaba ante sus propias reacciones, de las que jamás se habría creído capaz. Y quizá por la tensión, comenzaba a notar un frío sudor en todo el cuerpo.

Perales estuvo unos segundos mirando el portafolios antes de volver a dirigirse a Milton.

—Mire, amigo, todos estamos trabajando ahora, pero no hay por qué perder la calma. Así que si usted tiene ganas de cachondeo, por mí está bien. Pero mientras tanto, tendrá que contestar a mis preguntas o la cosa terminará verdaderamente mal. ¿Quién y cómo les puso tras el general?

—¿El general? ¿También hay un general en esto?

—No me diga que tampoco sabe quién es el general.

—¿Cuál general? —insistió Milton.

—Perales —se adelantó Vallejo—, déjame que le parta un par de dientes y ya verás como deja de tontear.

—Estate quieto ahí —gruñó Perales, sin dejar de mirar fijamente

a Milton—. Entonces, ¿no saben nada del general? Maldita sea, ¿qué es lo que saben ustedes?

—Te está toreando —refunfuñó Vallejo—. Deja que yo…

—¡Cállate de una vez! Ya han muerto varios hombres y eso puede complicarnos mucho la vida. Pero si sólo han muerto y nadie sabe nada de ellos, la cosa cambia, podríamos seguir adelante. ¿Cómo se llama usted?

—Denver.

—¿A qué se dedica?

—Hasta hace un par de meses, a boxear.

—¿Es un boxeador? —Se pasmó Perales—. ¿Y qué demonios hace metido en esto? Porque cuanto más pienso, más raro me parece todo. Sí, es raro… Sí fuesen de la CIA o algo así, nosotros jamás podríamos haber llegado hasta el portafolios. Ni siquiera hasta ustedes, pues se habrían protegido inmediatamente muy bien. Nosotros teníamos que intentarlo, pero estamos sorprendidos de haberlo conseguido, aunque ello nos haya costado algunos hombres. ¿Su amigo también es boxeador?

—Sí.

—No entiendo nada. Y me estoy liando; eso es lo malo… ¿Sabe una cosa, señor Denver? Creo que sí vamos a esperar al general que ése sí es inteligente, y sabrá qué preguntas debe hacerle a usted…

—¿Quiere decir que el general viene con el capitán y el teniente?

—Así es. Yo y dos compañeros teníamos que entrevistarnos en el Ocean Hotel con el capitán y el teniente, examinar su mercancía —palmeó suavemente el portafolios—, y luego llevarlos a donde esperaba el general para hacer la prueba. Pero ustedes lo estropearon todo y el general tuvo que venir a toda prisa, para dirigir su búsqueda y captura. El sí que es listo. Y está muy enfadado con ustedes por haberle causado tantas molestias. ¿Usted no sabe el nombre del general del cual estamos hablando?

—No.

Perales se rascó la cabeza, en verdad perplejo… Y en aquel momento se oyeron pisadas en el porche, y la voz masculina, a través de la puerta.

—¡Muchachos, que ya he pagado! ¡Vamos!

Casi al mismo tiempo, sonaba la llamada a la puerta. Milton se

irguió, pero Vallejo apuntó a la cabeza de Lucy, y Perales a la suya propia, mientras hacía un gesto hacia la puerta a los otros dos morenos y pequeñajos sujetos.

Uno asió el pomo y el otro se colocó junto a la entrada. La puerta fue abierta y Wayne entró, fruncido el ceño.

—Pero bueno, ¿qué…?

No dijo nada más. Palideció al darse cuenta de la situación y quedó inmóvil. Uno de los pequeñajos lo empujó hacia el centro de la cabaña y el otro cerró la puerta.

—Estamos esperando al general, al teniente y al capitán —dijo Milton Denver.

—Registradlo —ordenó Perales.

Wayne se dejó quitar la pistola, sin dejar de mirar la que apuntaba a la cabeza de Lucy. Se pasó la lengua por los labios y desvió la mirada hacia Perales y el portafolios.

—Siéntese junto a sus amigos —dijo Perales—. Es cierto que tenemos que esperar a esas personas, señor…

—Tu madre —dijo Wayne.

—Pues es verdad —dijo Perales, mirando a Milton—. Su amigo es más gracioso que usted, señor Denver.

—Se llama Bolt.

—Bueno, pues. —Perales miró a los dos hombres que estaban ahora detrás de Wayne—, dadle recuerdos al señor Bolt de parte de mi madre, muchachos.

Wayne no tuvo tiempo de reaccionar. Recibió en los riñones un golpe con una pistola, y casi simultáneo otro en la nuca. Cayó de rodillas, apoyando las manos en el suelo y, tras sacudir la cabeza, miró a Perales.

—Y tu padre —farfulló.

Otros dos golpes con la pistola lo dejaron tendido en el suelo boca abajo, desencajado el rostro.

—Y también tu abuela —jadeó.

—Siéntese con sus amigos —relucieron los ojos de Perales—, ya tendremos usted y yo ocasión de hablar de nuestras respectivas familias, señor Bolt. Mientras tanto, diga lo que quiera, que no voy a enfurecerme. Eso nunca es conveniente.

Wayne se incorporó, dando traspiés, y tras dirigir una mirada asesina a los dos hombres que le habían golpeado, fue a dejase caer

en el sofá, junto a Lucy, que estaba palidísima.

—Pues ya ves, nena; la hemos pifiado, parece —dijo.

—Es fuerte el huevudo este —rió Vallejo.

Perales miró su reloj de pulsera.

—No creo que tarden más de diez o quince minutos —dijo—. Y entonces ya veremos todo lo fuerte que es el señor Bolt.

CAPÍTULO VII

Hacía por lo menos diez minutos que todos estaban en silencio, esperando. Wayne había dirigido una hosca mirada a Lucy, que se había inclinado hacia Milton, agarrándose a su brazo y apretándose contra él. Por supuesto, mucho más desconcertado que Wayne estaba Perales. ¿En qué quedaban? ¿De cuál de los dos era amante la muchacha?

El timbrazo del teléfono fue tan inesperado, sonó con tal fuerza, que todos se irguieron vivamente, sobresaltados, mirando en busca del aparato.

Es decir, no todos buscaron con la mirada el aparato.

A Milton y a Wayne no les importó dónde pudiera estar el teléfono, en absoluto. Lo que si sabían era que el general, el capitán y el teniente no podían tardar mucho en llegar y que entonces las cosas aún se pondrían peor. Por lo tanto, no les pareció mal aprovechar la oportunidad de cambiar lo malo por lo peor.

Todavía estaba vibrando el primer timbrazo cuando los dos entraron en acción simultáneamente. Milton asió la mano armada del hombre que apuntaba a Lucy, la desvió haciéndole crujir todos los huesos, y al mismo tiempo lanzaba hacia arriba su puño izquierdo, en un gancho escalofriante que despego del suelo al moreno personaje, con la mandíbula y la base del cráneo rotas. Fue alucinante.

Al mismo tiempo. Wayne se ponía en pie de un salto que lo colocó delante de Vallejo, que lanzó un grito y disparó…, clavando la bala en el respaldo del sofá, junto a Lucy, que se abalanzaba, aterrada, contra Perales, dispuesta a todo. Y mientras recorría este corto trayecto, el puño derecho de Wayne recorría otro aún más corto, en un escalofriante directo de derecha que acertó a Vallejo en

el plexo solar.

Vallejo no pudo decir ni ¡ay!, al recibir el espantoso golpe que lo tiró como si fuese un muñeco de paja contra la pared, donde rebotó y cayó de bruces, sin sentido.

«Mientras tanto». Lucy había caído sobre Perales, aferrándose con ambas manos a la armada de aquél, y rodando ambos por el suelo tras derribar el sillón. Milton Denver, que se disponía a acudir en ayuda de la muchacha, desvió su movimiento velozmente hacia el único enemigo que quedaba en pie, justo cuando éste disparaba y Wayne se volvía hacia él.

Milton lanzó un gemido ahogado, se llevó las manos al cuerpo y cayó de rodillas al recibir la bala que había partido destinada a Wayne, el cual, pálido como un muerto, tuvo la suficiente sangre fría para reaccionar antes de que el otro pudiese volver a disparar: su directo de derecha alcanzó al hombrecillo un poco alto, en la frente, que crujió como si fuese de galleta y saltó hacia atrás, con los pies hacia arriba, fulminantemente muerto.

En el suelo estaban luchando Perales y Lucy, y justo en aquel momento, la lógica se imponía. Perales apartó a Lucy de un violento golpe en los senos, y se volvió hacia los dos púgiles, alzando su pistola. Por instinto, apuntó hacia Wayne, comprendiendo que el otro no era enemigo en aquel momento…

Plop.

Wayne había saltado ya, y la bala fue a dar contra la pared, mientras el púgil rodaba por el suelo, buscando desesperadamente protección contra la siguiente bala, que no podía tardar en brotar del arma de Perales.

Plop.

Bolt lanzó una exclamación cuando la bala rebotó en el piso ante su rostro, arrancando finísimas partículas del mosaico, que se clavaron como alfileres en su mejilla derecha. Llegó hasta la pared, rebotó y vio a Milton tendido boca abajo, recogiendo la pistola del hombre que le había herido. Pero Perales también estaba viendo esto y desvió su pistola hacia Milton Denver.

Detrás de él, Lucy movió con fuerza el portafolios de acero que había recogido del suelo, y el duro objeto golpeó piano a Perales por detrás, en la cabeza, derribándolo de bruces en el momento en que apretaba el gatillo.

Fue realmente curioso y espeluznante: la bala rebotó en el suelo, arrancando chispas, y se hundió, abierta como una flor, en la garganta de Perales cuando éste caía de bruces, causando un gran boquete y, por supuesto, la muerte instantánea.

El teléfono seguía sonando.

Y los tres lo miraron entonces, tendidos en el suelo. Se quedaron como alucinados contemplando el aparato, hasta que de pronto Wayne se incorporó y corrió hacia Milton, que comenzó a ponerse de rodillas.

—¡No te muevas! —exclamó Wayne—. ¡Quédate como estás!

—Estoy bien —murmuró Milton—. Ha sido en el costado, no es nada.

—Eso ya lo veremos. ¡Maldita sea! ¿Estás loco? ¿Por qué has tenido que ponerte en el camino de esa bala? ¡Quizá ni siquiera me hubiese rozado! ¡Y tú, contesta ese teléfono de una maldita vez!

Lucy fue hacia el teléfono, pero ya Wayne no le hacía caso. Obligó a Milton a tenderse, le desgarró la camisa y con los pedazos restañó la sangre, cuidadosamente, hasta descubrir el gran desgarrón en el costado de su amigo. Pero eso era todo: la bala se había deslizado en una extensión de tres o cuatro centímetros siguiendo la unión de dos costillas.

—Es sólo sangre —dijo alegremente.

—¿Qué había de ser? —masculló Milton.

—Hombre, podrías haber tenido rotas unas cuantas costillas, y la bala dentro del cuerpo… Pero no. Es sólo el plato preferido de los vampiros. ¡Tenemos que largarnos de aquí en seguida! Ya me dirás por el camino qué ha pasado mientras yo no estaba. ¿Quién era? —Miró a Lucy, que acudía del teléfono y ahora se arrodillaba junto a él.

—Una mujer que preguntaba por una tal Julie —dijo Lucy—. Equivocado, naturalmente. ¿Cómo…?

—Estoy bien —refunfuñó de nuevo Milton—. Así que si dejáis que me levante, podremos marchamos.

—Ayúdale a llegar al coche —dijo Wayne.

Lo ayudaron primero a ponerse en pie, aunque Milton los apartó a manotazos siempre refunfuñando.

—Puedo caminar solo.

—De acuerdo —sonrió Wayne, crispadamente. Miró a Lucy—:

Tienes que robar una sábana, nena, para ir vendándole la herida, o nos pondrá el coche perdido de sangre. Esto no te pasaría si de cuando en cuando —miró de nuevo a Milton— fueses a un hospital a hacer donación de este precioso líquido.

En realidad se estaban mirando unos a otros aterrados por lo sucedido, y por lo que todavía podía suceder. Se habían introducido en un ambiente de violencia y muertes que no comprendían, que para ellos, hasta entonces, había sido privativo de la televisión y el cine.

—Voy… voy a buscar una sábana —dijo Lucy.

Desapareció hacia el dormitorio que había ocupado Milton; es decir, hacia la cama que no había utilizado más que unas pocas horas.

—¿De verdad nos vamos? —musitó Milton—. Di nuestros nombres verdaderos, Wayne; la policía nos buscará en cuanto el encargado del motel…

—Quizá no. El general y los otros van a venir, ¿no es así? Pues ya verás como retirarán discretamente sus muertos y todo quedará como si aquí no hubiese ocurrido nada. Voy a recoger las pistolas y a ver si encuentro las balas que han disparado. ¡Qué demonios, que lo hagan ellos! Incluso te apuesto a que limpiarán la sangre, ya verás. A ellos les interesa menos que a nosotros dejar rastros, Milt.

Lucy reapareció con una sábana, de la que rasgó una ancha tira con la que vendó rápidamente el desnudo torso de Milton. Mientras tanto, Wayne iba examinando a los cuatro hombres caídos.

—Éste está vivo —exclamó.

Milton lo miró.

—Se llama Vallejo. ¿Está vivo? Podríamos llevarlo con nosotros y obligarle a decir lo que está pasando.

—Buena idea. Démonos prisa.

Milton y Lucy salieron de la cabaña. El primero se acomodó en seguida en el asiento de atrás, y Lucy abrió el portaequipajes y comenzó a colocar allí las cosas de los tres. Wayne apareció en el porche, cargado con el cuerpo de Vallejo bajo un brazo, miró a todos lados y lo llevó rápidamente al coche, tirándolo junto a Milton.

—Átale las manos con su cinturón. ¿Puedes hacerlo, Milt?

—Sí, sí…

—Lucy te ayudará… ¡Vamos, nena, termina!

Lucy cerró el capó del maletero, y pasó también al asiento de atrás, dejando a Vallejo entre ella y Milton.

—Falta el portafolios —dijo.

Wayne lanzó una imprecación y volvió corriendo a la cabaña, de la que salió en seguida con el portafolios. Lo dejó en el asiento de la derecha, se puso al volante y dio el encendido.

—Si el general y los otros no llegan pronto, el conserje vendrá a la cabaña, y entonces sí que se va a armar un buen lío.

—Tenemos que llevar el portafolios a Charlottesville —dijo con firmeza Lucy.

—Bueno… Me veo en la cárcel el resto de mi vida, así que Charlie Twinty puede vivir tranquilo.

Arrancó. Evitó pasar por delante de la cabaña del conserje, para que éste no supiera que se habían marchado y, si desde lejos veía luz en la cabaña 20, creyese que aún seguían allí. Eran las diez y media de la noche.

—Dadas las circunstancias —murmuró Wayne—, soy partidario de ir por el camino más corto. ¿Qué dices, nena?

—Sí, sí Podemos aprovechar la noche para hacer eso, Wayne.

—Me parece… me parece que sigo perdiendo sangre —dijo Milton, de pésimo humor—. Se está empapando este trozo de sábana.

—Vamos a ocuparnos de solucionar eso en primer lugar —aseguró Wayne.

* * *

Debía ser la una de la madrugada cuando Wayne regresó con el coche al lugar donde los había dejado, cerca de un camino de tierra que conducía a una granja. Detuvo el automóvil fuera del camino, tomó el paquete y saltó del descapotable.

—¿Wayne? —Le llegó la voz de Lucy.

—Sí, soy yo.

Vallejo estaba sentado, atado ahora de pies y manos, y Wayne vio relucir sus ojos en la oscuridad, pero no le hizo el menor caso. Lucy tenía una pistola en la mano, con la que apuntaba al moreno y menudo sujeto. Junto a ella, Milton yacía tendido boca arriba, sujetándose otro trozo de sábana sobre la herida.

—¿Cómo va eso? —se interesó Wayne, tenso.

—Va bien —murmuró Milton—. No es doloroso; pero no deja de sangrar.

—Eso lo arreglo yo ahora mismo. No creo que ese agujerito sangre más que una ceja abierta, ¿verdad? Traigo de todo.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Hombre, ¿y eso qué importa ahora? —masculló Wayne—. Vamos a poner manos al asunto.

El asunto estuvo por fin solucionado apenas diez minutos más tarde. La herida dejó de sangrar y quedó convenientemente protegida por apósitos y tres anchas tiras de esparadrapo. Todavía esperaron otros diez minutos, por si la sangre lo empapaba, pero nada sucedió.

—Perfecto —dijo Wayne—. Después de esta cura a la luz de la luna, voy a pedir el título de médico.

—¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó Vallejo.

—Hamburguesas —replicó Wayne—. Venga, todos al coche.

CAPÍTULO VIII

En cuanto comenzó a amanecer, Wayne abandonó la carretera principal por la que habían viajado a buena velocidad, hasta el punto de que habían entrado ya en Carolina del Norte, dejado atrás Wilmington, e iban lanzados como una flecha hacia Goldsboro. El promedio de marcha era francamente bueno, y si no tenían más contratiempos bastaría otra jornada para llegar a Charlottesville, en Virginia. Y sólo era el día diez. Hora: cinco y media de la mañana. Es decir, que disponían de treinta y tres horas para llegar a Charlottesville.

Tiempo suficiente, sin duda alguna.

Así que hacia la seis y media, Wayne Bolt comenzó a buscar a los lados de la carretera un buen lugar donde detenerse. Lo encontró cerca de las siete, a la izquierda de la ruta. Metió el coche por entre los pinos y condujo con todo cuidado hasta llegar al otro lado del pequeño bosquecillo, que impediría que los viesen desde la carretera. Y allá, una vez terminado el bosquecillo, se extendía un gran llano. Al fondo, ya muy lejos, difuminadas en la luz azulada de la mañana, unas montañas.

Detuvo el coche y paró el motor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Milton.

—Ya lo verás. Salid del coche.

Milton y Lucy se apearon. Wayne hizo lo mismo y sacó del asiento de atrás a Vallejo, como si fuese un fardo, que dejó en el suelo sin grandes miramientos.

—Conque Vallejo, ¿eh? Bueno, Vallejo, tenemos en el coche un montón de pistolas, con las que vamos a llenarle el cuerpo de balas si no aclaramos las cosas. Porque, francamente, con lo que me ha contado mi amigo todos seguimos a oscuras. Vamos a ver: ¿quién es

ese general?

Vallejo apretó los labios. Por su parte, Wayne sonrió, al parecer muy divertido. De pronto, propinó a Vallejo un puntapié que hizo crujir las costillas. Vallejo lanzó un alarido, se encogió, sus ojos se llenaron de lágrimas…

—Vamos, Vallejo, no sea estúpido. Sí hay algo que yo sepa hacer bien, es cómo hacerle daño a un hombre y que siga viviendo. Sobre eso, ni usted ni nadie puede enseñarme nada. Y dé gracias a que el señor Denver se está tomando unas vacaciones, pues él aún sabe más de estas cosas. ¿Quién es ese general?

Vallejo no contestó. Wayne preparó de nuevo el pie, pero Milton le hizo un gesto.

—Espera, Wayne. ¿Para qué cansamos? Podemos empezar por lo del ojo.

—Buena idea. ¿Quieres hacerlo tú?

Milton asintió. Se acuclilló junto a Vallejo y le mostró su puño derecho, cerrado. Pero en seguida hizo sobresalir el nudillo del dedo corazón. Vallejo contemplaba aquel enorme puño con expresión desorbitada.

—Un puñetazo puede hacer mucho o poco daño, Vallejo —dijo calmosamente Milton Denver—. Con guantes, la cosa no pasa de un trastazo que lo pone a uno a dormir unos minutos o unos segundos. Sin guantes, la cosa cambia. Pero fíjese en mi dedo que sobresale. ¿Alguna, vez le han golpeado de este modo en un ojo?

Vallejo se pasó la lengua por los labios.

—Ya veo que no. Bueno, le diré lo que pasa… Puede que el ojo reviente, y puede que no. Pero lo seguro es que el dolor es tal en todo el cuerpo, que uno desea morir. Y usted tiene dos ojos… ¿Por cuál quiere que empecemos?

—Sanjulián —jadeó Vallejo—. ¡General Sanjulián!

—Ah. ¿Sanjulián? Ése no es norteamericano, ¿verdad?

—No, no… Es guatemalteco. De… de Guatemala.

—Hombre, ya sabemos que un guatemalteco es de Guatemala —dijo Wayne—. No nos darán nunca el Premio Nobel de la Cultura, pero tampoco somos unos ignorantes. ¿Y qué demonios hace el general Sanjulián en Estados Unidos?

—Vino a comprar… un arma.

—¿Un arma? ¿Sólo una?

—Sí… Sólo una.

—¿Está en el portafolios?

—Sí, sí.

—Y los dos tipos del Ocean Hotel se la iban a vender, ¿no es eso? Me refiero al teniente y al capitán. Ésos sí son norteamericanos. Capitán Carmody y teniente Trask. Bueno, ¿qué clase de arma contiene el portafolios?

—Es… una pistola.

—No diga tonterías. Deben ser gases, o virus, o algo así. ¿Qué se puede hacer con una sola pistola? Y otra cosa: ¿para qué quiere el general Sanjulián esa pistola?

—El general Sanjulián está… está preparando un golpe de Estado en Guatemala y con esa pistola… podría destruir en muy poco tiempo importantes objetivos.

—¿Con una sola pistola? ¿Qué dispara? ¿Balas atómicas?

—No. Son… son unas balas especiales, incendiarias, de gran poder… de inflamación. Es un invento del ejército de ustedes, de… de Estados Unidos. Un invento que todavía permanece secreto. Una sola de esas balas puede incendiar todo un edificio de treinta pisos, o la casa presidencial, o un polvorín, un cuartel…

Milton y Wayne cambiaron una mirada. Por su parte, Lucy contemplaba fascinada a Vallejo, cuya frente se estaba cubriendo de sudor.

—¿Quiere decir que el general Sanjulián pensaba utilizar esa pistola en el golpe de Estado? —murmuró Milton.

—Sí. Sabe que sólo puede conseguir su objetivo por medio de las armas, pero no le sería fácil acercarse con ellas a sus objetivos en Guatemala… Las armas convencionales son demasiado grandes, serían vistas con facilidad. En cambio, con… con esa pistola podría disparar desde cien metros contra… contra la casa presidencial, o contra cualquier otro objetivo…

—Pero eso es absurdo. Un general puede disponer de armas, de hombres.

—El general Sanjulián fue desterrado. No podría moverse en el país si le acompañasen muchos hombres con armas convencionales. Por eso ha estado organizando aquí un grupo de amigos, con los que piensa volver a Guatemala, para dar el golpe de Estado.

—¿Por eso disponen ustedes aquí de armas, coches,

helicópteros? ¿Se están organizando aquí, en Estados Unidos?

—Sí. Y esa pistola es fundamental. Lo primero que haríamos sería disparar contra la casa presidencial. Luego, contra uno de los cuarteles. Mientras tanto, los agitadores preparados por el general Sanjulián movilizarían al pueblo a su favor, enfrentándolo al ejército y ocupando las demás plazas militares. Los grupos de soldados que quedasen en la capital serían destruidos con la pistola. Todo sería tan sorprendente y eficaz que, en pocas horas, Sanjulián habría conseguido su objetivo.

—¿A costa de cuántas vidas? —susurró Milton.

—No sé.

—¿No lo sabe? ¿No puede hacer un cálculo aproximado de las personas que morirían, entre militares y civiles? Haga un pequeño esfuerzo, Vallejo. ¿Cien? ¿Mil? ¿Diez mil? A fin de cuentas, se trataría de una pequeña guerra, que quizá no terminase tan pronto como usted dice, de una revolución que quizá durase semanas, o meses… ¿No puede hacer un cálculo aproximado?

—No… ¡No puedo, no lo sé!

—¿No sabe lo que pasa cuando un país recurre a las armas? ¿Tampoco se imagina lo que puede ocurrir cuando alguien enciende la mecha? En eso podríamos estar de acuerdo: una vez encendida la mecha una vez las armas han comenzado a funcionar, ya nunca se sabe cómo puede terminar todo. ¿Mil muertos? ¿Diez, veinte, treinta mil, contando mujeres y niños? ¿Le parecen muchos muertos? ¿Lo rebajamos a veinte mil solamente?

Vallejo estaba sudando ya copiosamente, y su mirada iba de los ojos de Milton al puño que todavía se cernía sobre él.

—¿Y de dónde sacaron el capitán Carmody y el teniente Trask esa… pistolita? —se interesó Wayne.

—Creo… creo que es el prototipo que ha sido fabricado en un laboratorio militar, en Camp Bixby.

—¿Camp Bixby? —Respingó Milton, mirando vivamente a Lucy—. ¡Eso está muy cerca de Charlottesville! Pero no sabía que hubiese allí un laboratorio, creí que sólo había soldados…

—Lo mismo digo —deslizó Wayne, que también miraba fijamente a Lucy—. Pero la nena sabe más cosas que nosotros. ¿Verdad, nena?

—Sí —murmuró la palidísima Lucy.

—Vaya —destellaron los ojos de Wayne—. ¿Y la nena se lo va a decir a los nenes?

—Wayne, no… no me mires así…

—¡Escucha, tú! —Bolt la asió por la ropa del pecho de un manotazo y casi la alzó—. ¡Nos has metido en la cosa más asquerosa de que he oído hablar en mi vida y ahora queremos saberlo todo, y qué pintas tú en esto! ¡Maldita sea tu estampa de nena preciosa! ¿Quién eres, qué quieres, qué pintas tú en esta porquería…?

—Cálmate, Wayne. —Se incorporó también Milton—. No hay por qué lastimarla.

—¡Esta mosquita muerta…!

—Tranquilízate. Está bien claro que Lucy quería recuperar esa pistola que hay en el portafolios y, por lo tanto, debemos entender que se oponía a los planes del general Sanjulián… ¿No es así, Lucy?

—Sí. Bueno, yo… yo ni siquiera sabía nada de ese general, ni de sus planes, por lo tanto. Sólo quería recuperar el portafolios.

—Muy bien. Ahora, dinos cómo sabías lo que contenía ese portafolios, y que el teniente Trask y el capitán Carmody lo tenían, y que estarían tal día en el Ocean Hotel de Miami Beach… ¿Cómo sabías todo esto? ¿Quién eres tú?

—Lo sabía porque me lo dijo… mi tío.

—Tu tío. ¿Y quién es tu tío?

—El sargento James Hartman. El lleva trabajando mucho tiempo en… en Camp Bixby. En los laboratorios.

El capitán Carmody y el teniente Trask también están destinados en Camp Bixby, pero no trabajan en los laboratorios secretos.

—Pero tu tío James, sí.

—Sí, sí…

—Bueno, puesto que Trask y Carmody tenían ese portafolios, ¿qué debemos pensar?

Lucy bajó la cabeza.

—Mi tío lo robó.

Wayne se puso una mano tras una oreja, adelantándola.

—¿Qué? Habla más alto, no te oigo, nena.

—¡Mi tío robó el portafolios!

—Ahora sí he oído. ¿Y por qué lo robó?

—Trask y Carmody le hablaron de esto… Le propusieron

robarlo. Tío James les dijo que estaban locos, pero ellos le ofrecieron doscientos cincuenta mil dólares, de momento. Dijeron que más adelante podrían darle otros doscientos cincuenta mil…

—Y tu tío ya no pudo resistir eso.

—No. No pudo. Bueno, aún se resistió, pero Trask y Carmody le dijeron que podía hacerlo de modo que nadie sabría que había sido él el ladrón. El portafolios con la pistola y una docena de esas horribles balas estaban en una cámara acorazada que hay en el laboratorio militar. El coronel Downey, diseñador de la pistola y jefe del laboratorio, tenía que marchar a Washington por unos días. El coronel pensaba aprovechar para explicar la nueva arma a militares de alta graduación e invitarles a visitar Camp Bixby para que presenciasen una prueba. Aprovechando la ausencia del coronel Downey, mi tío podía cambiar el portafolios que contenía la pistola y las balas por otro que Carmody y Trask le ofrecían idéntico. Puesto que el coronel iba a estar fuera más de una semana, cuando volviese y encontrase vacío el portafolios no podría acusar a mi tío, ya que durante todos esos días otros muchos empleados habrían entrado y salido de la cámara acorazada. No tenían por qué sospechar precisamente de mi tío.

—Y entonces, él robó el portafolios y dejó el otro.

—Sí.

—Y nosotros tenemos que devolverlo antes del día once a las catorce treinta…, que debe ser la hora en que regresa a Camp Bixby el coronel Downey.

—Sí… Sí, sí.

—¿Y cómo demonios quieres dar de nuevo el cambiazo en esa cámara acorazada? ¿Irás allá y dirás que…?

—Mi tío lo hará. Él puede hacerlo tranquilamente.

—Primero lo roba, ahora quiere devolverlo… Pero, además, tu tío me parece una mala bestia, nena… ¿Cómo se le ocurrió enviarte a ti a recuperar el portafolios?

—Él no me envió. Lo decidí yo. No quería que tío James fuese a la cárcel para toda la vida. Siempre había sido tan cariñoso… Hacía tiempo que no nos veíamos, pero nos llamábamos de cuando en cuando. Bueno, cuando tío James apareció en mi chalet, herido…

—¿Cómo, herido? —exclamó Milton.

—Sí. Bueno, Trask y Carmody le esperaban para hacerse cargo

del portafolios y pagarle. Pero en cuanto lo tuvieron, en lugar de pagarle, le dispararon, quisieron matarlo. Tío James pudo escapar, herido. Le persiguieron, disparándole, pero por suerte era de noche y tío James pudo ir escondiéndose. Lo alcanzaron cuando estaba cerca del río, y volvieron a dispararle. Tío James se tiró al agua, y se alejó nadando, sin salir a la superficie. Consiguió escapar, pero no podía volver al laboratorio, ni a su apartamento… Se presentó en casa de madrugada, empapado y sangrando. Y allí debe estar todavía.

Milton y Wayne escuchaban estupefactos a Lucy. Wayne sacudió la cabeza.

—¿Quieres decir que curaste a tío James, lo instalaste en tu chalet, y en cuanto estuviste al corriente de todo gracias a sus explicaciones, saliste hacia Miami para quitarles el portafolios a Carmody y Trask?

—Sí. Ellos creían muerto a tío James, así que no variarían los planes que le habían explicado, ni temerían nada.

—¿Y tú sólita, para que nadie supiese la cochinada que había hecho tu tío James, te dispusiste a robarles el portafolios a dos hombres?

—Sí. Pero cuando os vi en la playa… Primero me llevé una gran sorpresa, porque he visto fotografías vuestras muchas veces. Luego, cuando estaba en mi habitación, pensé que podríais ayudarme… Y lo habéis hecho.

—Vaya que sí —musitó Wayne—. Y tú esperas que sigamos hasta tu chalecito en Charlottesville, y que entreguemos el portafolios a tío James, para que éste, que ya debe estar aceptablemente bien de sus heridas, vaya a devolverlo a la cámara acorazada.

—Sí.

—¿Y cómo ha explicado tu tío su ausencia de Camp Bixby? ¿No lo estarán buscando?

—Llamé diciendo que estaba enfermo en casa.

Wayne y Milton volvieron a mirarse, y el primero se rascó furiosamente la coronilla.

—Eres una chica lista, ¿verdad?

—Pero no habría podido conseguir nada sin vuestra ayuda.

—Ya. ¿Por eso eres tan cariñosa… con los dos?

—Oh, no —sonrió, de pronto, Lucy—. Yo sólo amo a uno.

—¿De veras? —Se pasmó Milton—. Bueno, ¿a cuál?

Lucy miró a uno y otro, pero no contestó. Milton y Wayne volvieron a mirarse.

—Ven, Wayne —murmuró Milton—. Vamos a charlar un rato a solas tú y yo.

—Okay.

Se alejaron de Vallejo y Lucy, y tras reflexionar unos segundos, Milton dijo:

—Vamos a analizar todo esto, aunque seamos dos cabezas duras. Yo veo las cosas de este modo: resulta que los sujetos que nos hemos cargado merecían eso y más, puesto que estaban dispuestos a utilizar la pistola para organizar una revuelta en Guatemala, que habría costado muchas vidas inocentes; por lo tanto, en ese sentido, conciencias tranquilas. ¿Cierto?

—Claro que sí. ¡Puercos canallas!

—Bien. Yo creo que lo que debemos hacer ahora es llegar a Charlottesville cuanto antes, ir a recoger a tío James al chalet de Lucy y, junto con Vallejo y el portafolios, llevarlo a Camp Bixby… Ha sido un traidor, y creo que debe pagar. Además, no debe continuar en nuestro ejército.

—No —admitió Wayne—. Pero si hacemos eso, Lucy nos odiará a los dos para siempre, Milt.

—Bien. —Milton se pasó la lengua por los labios—. Eso es cuenta suya. Y digo esto cuando aún no sé a cuál ama, Wayne. Los dos la queremos, pero por mi parte no consentiré que tío James pueda volver, a las andadas. Luego, que ella haga lo que quiera.

—Está bien —murmuró Wayne, deprimido—. Pero pienso que quizá deberíamos destruir ese portafolios con su contenido. ¿Para qué quiere el mundo un arma así?

—Es un arma insignificante, comparada con las que ya existen. Debemos devolverla. Y entregar a tío James, a Vallejo, y denunciar, a quien corresponda, la existencia del general Sanjulián y que está en Estados Unidos. Lo cazarán. Bueno, eso ya no es cuenta nuestra. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, Milt.

—Pues en marcha: sin parar hasta Charlottesville, pase lo que pase. Espero llegar al anochecer.

Se reunieron con Vallejo y Lucy, que los miraban visiblemente interesados.

—¿Qué habéis hablado? —preguntó la muchacha.

—Ya lo sabrás. Al coche: seguimos el viaje.

—Pero es de día… Deberíamos…

—Ahora mandamos nosotros, nena —gruñó Wayne—. ¡Al coche!

CAPÍTULO IX

El helicóptero apareció hacia las once de la mañana.

Viajaban por una carretera que parecía olvidada por el resto de los automovilistas norteamericanos, posiblemente debido a su mal estado, cuando comenzaron a oír el rumor, por detrás. La desgarrada capota estaba bajada, de modo que Milton sólo tuvo que volver la cabeza para divisar aquella pequeña mancha brillante que se iba acercando por el sur. Lucy también lo vio y lanzó una exclamación:

—¡Wayne, el helicóptero…!

Bolt frenó, y volvió la cabeza a su vez. Había palidecido también, pero su optimismo seguía vigente:

—Bueno, puede ser cualquier helicóptero, no forzosamente el de los amigotes de Vallejo —comentó—. Además, aquél quedó hecho chatarra.

—Pero tienen más —dijo Milton—. No olvides que están organizándose aquí, disponen de medios. Nosotros…

—¡Je, je! —rió Vallejo—. ¡Je, je, je!

—¿De qué te ríes tú? —Lo miró hoscamente Wayne.

—¡Ése es el helicóptero que utiliza el general! —dijo alegremente el prisionero—. Si quieren un buen consejo, salgan del coche con las manos en alto y espérenlo pacíficamente. Sé lo que digo.

Wayne entornó los párpados, pero respingó cuando el helicóptero pasó por encima de ellos, a menos de diez metros de altura, y los abrió mucho para mirarlo. El helicóptero recorrió muy poca distancia por delante de ellos. Comenzó a girar, para regresar.

—¡Si conseguimos llegar a alguna carretera importante, no nos atacarán! —exclamó Wayne, arrancando de nuevo—. ¡Echa una

mirada al mapa, Lucy, para…!

—¿El mapa? ¡Es de Florida! —gimió Lucy.

Wayne comenzó a maldecir, y aumentó el tono de voz cuando el helicóptero, de regreso hacia ellos, ganó un poco de altura y de él se desprendió un pequeño objeto oscuro.

Los gritos de Wayne quedaron ahogados por el estallido de la granada que, por fortuna, cayó siete u ocho metros detrás de ellos, provocando un pequeño volcán de fuego, piedras y esquirlas de metal. Una de ellas dio en la parte de atrás del descapotable.

—¡No! —gritaba Vallejo—. ¡Que estoy yo aquí! ¡Que estoy yo en el coche!

Su rostro estaba congestionado y volvía la cabeza hacia el helicóptero, que de nuevo giraba. Con los ojos casi fuera de las órbitas, Vallejo lo vio llegar, sin dejar de gritar, hinchadas las venas del cuello y de la frente.

—¡Wayne! —gritó Milton—. ¡Wayne, para, para!

Wayne Bolt frenó. No sólo por obedecer a su amigo, sino porque era precisamente lo que pensaba hacer. De este modo, al frenar bruscamente, la granada que habría alcanzado al coche cayó diez metros por delante, con tremendo estallido. El cristal parabrisas del descapotable se convirtió en una extraña telaraña al ser alcanzado por varios proyectiles.

Y el helicóptero comenzaba a girar de nuevo.

—¡Afuera! —gritó Wayne—. ¡A los árboles! ¡Allí no podrán vernos! ¡No olvides las pistolas!

—¡Eh! —gritó Vallejo—. ¡Eh, yo, yo, yo…!

En realidad, Milton y Wayne obraron de buena fe. No le hicieron el menor caso a Vallejo, convencidos de que en cuanto éste quedase solo en el coche, los del helicóptero ya no arrojarían granadas sobre el vehículo.

Un instante después, la siguiente granada caía justo en el asiento de atrás del detenido descapotable, que se abrió como un huevo al que hubiesen colocado en su interior un petardo. Wayne, Milton y Lucy se habían tirado ya al suelo y se volvieron rápidamente, para contemplar con ojos desorbitados el montón de chatarra.

—Santo Dios —gimió Lucy.

Wayne estaba mirando hacia el helicóptero, que se decantaba ahora hacia ellos. Y por un instante, con una nitidez sorprendente,

vio el rostro del piloto y el del hombre que iba a su lado. Al piloto no lo conocía, pero al que iba a su lado, sí; era uno de los tipos del Ocean Hotel a los que él y Milton habían golpeado…

—¡Wayne! ¡Wayne, a los árboles, a los árboles! —gritaba Milton.

Se puso en pie y echó a correr en pos de Lucy y de Milton, que tiraba de la mano de la muchacha, casi arrastrándola. El helicóptero estaba ya tan cerca que Wayne Bolt comprendió que jamás alcanzarían el grupo de árboles.

—¡Al suelo! —gritó—. ¡Al suelo!

Milton se echó, siempre tirando de Lucy.

La granada cayó entre ellos dos y Wayne, haciendo en la tierra un boquete mucho mayor que en la carretera, y lanzando tierra, piedras y metralla a todos lados, en mortífero surtidor. Si Wayne, Milton y Lucy hubiesen estado de pie, allí habría terminado todo. Pero tendidos en el suelo, oyeron silbar por encima de ellos los proyectiles y recibieron una oleada de intenso calor, una lluvia de tierra y piedras, una nube de polvo…

Wayne se puso de rodillas, mirando hacia el helicóptero, que mientras se alejaba giraba de nuevo, describiendo un arco muy cerrado.

De pronto, por entre la nube de polvo, vio a Milton arrodillado, sujetando con ambas manos una de las pistolas, apuntando hacia el helicóptero. Se puso en pie, corrió como un loco, y se dejó caer de rodillas a su lado, empuñando otra pistola. Se miraron un instante, con los rostros crispados, llenos de tierra. Sabían que no podían hacer otra cosa. Allí, en aquel helicóptero, iban, aparte del piloto, el capitán Carmody, el teniente Trask y el general Sanjulián, el asesino. Tan asesino, que no había vacilado en ordenar la muerte de Vallejo, comprendiendo que éste había revelado sus planes. Y si había matado a Vallejo, ¿cómo podían tener la menor esperanza de que respetase las vidas de ellos tres?

—Ahí vuelve —jadeó Wayne—. Adiós, Milt.

—Adiós, Wayne.

Comenzaron a disparar, a decir verdad, sin grandes esperanzas. Ni siquiera oían los «plop» de sus disparos, pues el rugido del helicóptero lo ahogaba todo. Dentro de dos o tres segundos, al pasar por encima de ellos dejaría caer otra granada.

Y de pronto, algo pasó.

La carlinga transparente del helicóptero se convirtió en un surtidor de lo que parecían diminutos brillantes, que refulgieron al sol, y el helicóptero dio una extrañísima vuelta de campana, tan rápida, que pareció una alucinación. Luego cayó a plomo todavía unos veinte metros más allá, y Lucy, Milton y Wayne, que se habían tirado de bruces, oyeron el horrendo crujido, el estallido del combustible, el rugir del fuego. Una intensa ola de calor pasó por encima de ellos, terrible… Pero pasó y eso fue todo.

Wayne fue el primero en alzar la cabeza. Se quedó mirando alucinado aquel montón de chatarra rodeado de fuego y de negrísimo humo. Milton también alzó la cabeza, miró hacia allá y luego, no menos alucinado que Wayne, a éste, que también lo estaba mirando, y que tartamudeó:

—Ho… hola, Mil… Milton…

Milton Denver fue a decir «Hola, Wayne», pero de su boca no brotó sonido alguno. Se puso en pie, miró un instante su camisa empapada en sangre que brotaba de la herida abierta de nuevo, y luego tendió la mano.

—¡Lucy!

Un instante después, los tres corrían de regreso a la carretera, volviendo la cabeza, contemplando la densa humareda negra que ascendía hacia el cielo azul, desapareciendo rápidamente.

—El portafolios —jadeó Lucy—. ¡Tenemos que encontrarlo!

—Quizá esté en el coche —jadeó Wayne.

Fue allá. Y, en efecto, el portafolios de acero, intacto, estaba allí, en el piso del coche, incrustado delante del asiento contiguo al del conductor. Wayne lo recogió, temiendo quemarse, pero el calor del acero era perfectamente soportable. Evitando mirar hacia lo que quedaba de Vallejo, corrió a reunirse con Milton y Lucy, y señaló carretera adelante.

—Tenemos que marcharnos de aquí a toda prisa.

—Pe… pero el coche… ¡El coche es alquilado! —recordó Lucy.

—¿Y qué?

—Sabrán que yo lo alquilé, y que…

—Diremos que te lo robaron. Que nos lo robaron durante el viaje con todo el equipaje. Y que la policía, o quien sea, que piensen lo que quieran. Y si esa gente —señaló hacia el helicóptero— limpió la cabaña del Blue Beach Motel, tal como pensamos, sólo tenemos

que decir que no sabemos nada de nada, y listo. Aunque supongo que tendremos que explicarlo todo, Lucy.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Vamos a denunciar a tu tío James.

—¡Oh, no!

—Lo siento. Tenemos…

—¡Llega un coche! —advirtió Wayne—. ¡Si son más hombres del general, estamos listos! ¡Vamos a…!

—No —dijo Lucy—. No son más hombres del general, Wayne.

—¿Cómo demonios puedes saberlo? ¡Corramos hacia…!

—No debes preocuparte —insistió ella—. En realidad, ahí llega la solución para el resto de nuestro viaje.

Una vez más, Wayne y Milton cambiaron una mirada. Luego, pistola en mano, esperaron la llegada del coche, que finalmente se detuvo cerca de ellos, tras sortear los restos humeantes del descapotable. La portezuela se abrió y Lucy Hartman saltó a la calzada, haciendo gestos perentorios.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Pronto!

Wayne Bolt y Milton Denver habían quedado tan petrificados que ni siquiera respiraban.

Sí, señor: de aquel coche se había apeado Lucy Hartman.

Lucy Hartman.

Lucy Hartman.

Lucy Hart…

Los dos a la vez, volvieron la cabeza hacia Lucy Hartman que estaba junto a ellos mirándolos con curiosidad, con expectación.

—¡Vamos! —insistió con voz tensa Lucy Hartman, junto al coche recién llegado, un «Plymouth» oscuro.

Los dos púgiles miraron de nuevo hacia ella. De nuevo a la que tenían al lado, de nuevo a la que estaba junto al coche Esta se acercó rápidamente a ellos y agarró a Wayne de una mano.

—¡Oh, Wayne, qué tonto eres! ¡Tenemos que escapar de aquí! ¡De prisa, mi amor!

Como dos autómatas, los púgiles fueron llevados al coche, cada uno de la mano de una Lucy Hartman. Una de éstas se sentó atrás, con Milton, y la otra al volante, tras dejar en el asiento contiguo a Wayne.

El coche salió a toda velocidad, disparado.

Wayne volvió la cabeza, y vio al estupefacto Milton sentado junto a Lucy Hartman, atrás. Luego, miró el perfil de Lucy Hartman, sentada junto a él, conduciendo el «Plymouth»… Ella Se miró y sonrió dulcemente.

—Yo soy Lucy —dijo—. La de atrás es mi hermana Julie.

—Aaaahhh…

—Somos gemelas —dijo la de atrás.

—Aaaahh… —dijo Milton Denver.

—Y vosotros sois un par de tontos —dijo la de delante—. ¿Cómo no lo habéis comprendido?

—Aaaahh —dijo Wayne Bolt.

—La que os vio en la playa fui yo —dijo Julie—. Hablé con Lucy que estaba en nuestra habitación y ella bajó a… contrataros. Pero como no podíamos estar seguras de que os portaríais como nosotras deseábamos, decidimos separarnos. Una de nosotras iría con vosotros, ya que de ninguna manera queríais soltar el portafolios. La otra iría detrás, en este coche, por si ocurría algo y podía ayudar. Y así ha sido: cuando sonó el teléfono en la cabaña del motel, era Lucy…

—En efecto —dijo ésta—. Julie y yo acabábamos de cambiar de lugar, como hemos estado haciendo durante todo el viaje, primero en Pomona Park, luego en Kingsland, y, finalmente, en el motel. Lo hemos hecho para ir compartiendo los riesgos y el placer de vuestra compañía.

—Aaaaahh —le tocó el turno a Milton Denver.

—Cuando llamé por teléfono a la cabaña del motel —dijo Lucy — fue porque sabía que estabais en un apuro. Acababa de cambiar de lugar con Julie, mientras vosotros hablabais en la otra cabaña, y fui al coche para esperar que pasaseis y seguiros a distancia, como durante todo el viaje hemos hecho. Al ver que tardabais, regresé, me di cuenta de lo que ocurría, y llamé para decir a aquella gente que había avisado a la policía y que estaban rodeados… Pero parece que la llamada ocasionó un desbarajuste.

—Se han portado en todo momento como héroes —dijo Julie—. No debimos desconfiar de ellos en ningún momento, Lucy.

—Tienes razón, querida. Pero ¿cómo saber que son dos hombres honrados y encantadores? Nosotras teníamos que aseguramos de que el portafolios volvería a las manos de tío James.

—Claro, querida. Además, ellos también desconfiaban de nosotras, pues de no ser así, nos habrían entregado el portafolios y asunto concluido.

—Pero entonces no habríamos hecho este viaje con ellos.

—Es verdad. Y en cambio, al haberlo hecho, nos hemos convencido de que son dos hombretones guapos y valientes, por los que estamos locas. ¿No es así, querida?

—Así es, querida. Nosotras…

—¿Puedo… puedo hacer una pregunta? —tartamudeó Wayne, como principio de su recuperación oratoria.

—Claro que sí, mi amor —le sonrió Lucy.

—¿A… a cuál de las dos le… le quité yo el bikini… en el hotel? Bueno, la parte superior, o sea…

—¡A mí! —rió la que conducía.

—¿Y tú eres la que me ha estado besando a mí?

—¡Claro!

—Y yo a Milton —rió Julie, atrás.

—¿Y por qué… habéis estado haciendo eso…?

—¡Qué hombres más tontos! —exclamó Julie—. ¿Por qué habríamos de hacerlo sino porque os amamos locamente? ¡Cualquiera deja escapar dos ejemplares como vosotros, querido!

—¿Eso quiere decir —masculló Milton Denver— que cada una de vosotras os habéis… adjudicado a uno de nosotros?

—¡Naturalmente!

—¿Tú a mí?

—Eso es.

—¿Y tú a mí? —Miró Wayne a la conductora.

—Exacto. Y no se admiten cambios.

Wayne se volvió en el asiento, miró a Milton, y alzó una mano con un dedo tieso, como si fuese una batuta, que comenzó a mover en el aire.

—¡One! ¡Two! ¡Three!

—«¡Pega, pega, pega, muchacho!» —comenzó a vociferar Milton Denver.

CAPÍTULO III

Una de las cosas buenas que puede ofrecer la vida es el reposo.

El reposo total, absoluto, perfecto.

Por ejemplo: si uno está tendido en una extensible comodísima, colocada en la playa privada de un hotel de lujo en Miami Beach, oyendo el rumor del mar, oliendo su perfume…

Milton Denver giró en la extensible y llamó:

—Wayne.

—¿Eh? ¿Qué… qué… qué pasa, quién, dónde…?

—Cálmate, hombre. Estaba pensando en tío James. ¡Pobre hombre!

—¿Pobre? ¿Por qué? —Se sentó Wayne en la extensible—. El que la hace la paga. Claro que hay que admitir que tío James supo ponerse a la altura de las circunstancias. No todos nos habrían recibido diciendo que ya había pensado él entregarse, y que procuraría hacer las cosas de modo que no nos molestasen a nosotros. Y aún hizo más, pobrecillo: nos dijo que nos fuésemos, que no quería que nos salpicase el barro sucio. Al final, se portó como todo un hombrecito.

—Y aquí estamos nosotros, como millonarios, de nuevo en el Ocean Hotel… Yo creo que estamos locos. ¿Qué haremos cuando se nos termine el dinero que tenían ellas?

—Podemos hacer todavía unos cuantos combates… —murmuró Wayne Bolt—. No somos tan viejos, Milt.

—No —aceptó éste—. Pero yo creo que hay que hacer las cosas con dignidad. Y una cosa digna es saber retirarse a tiempo. No sé, Wayne… Creo que deberíamos…

—¡Mi madre! —exclamó Wayne.

Milton miró hacia donde miraba su amigo, y acto seguido se

sentó de un salto en la extensible, casi cayendo a la arena, lanzando una ahogada exclamación, fijos sus desorbitados ojos en el hombrecillo que se acercaba a ellos, sonriendo y agitando los brazos. Era el tipo más estrafalario del mundo: feo, calvo, con lentes, ataviado con unos *shorts* y una horrenda camisa de colores.

—¡Eh, muchachos, eh, eh, eh, aquí estoy…!

—¡Mi madre! —exclamó también Milton, con voz desgarrada.

—¡Hola, hola, hola! —Llegó gritando el hombrecillo todavía agitando sus manos—. ¡Eh, cómo va eso, eh, muchachos! «Pega, pega, pega, muchacho, ¡pégale fuerte al cagón…!». ¡Je, je! ¡Menuda vida os estáis pegando mientras el viejo Charlie trabaja para vosotros!

—Sí —torció los labios Wayne—. Ya ves… ¡Je, je!

—Ho… hola, Cha… Charlie… —tartamudeó Milton.

—¡Bueno! ¡Aquí me tenéis, puntual como un reloj! ¿Y qué? ¿Sienta bien el descanso, muchachos?

—Vayaaa…

—¡Huy! —añadió Wayne.

—Por cien mil guantes, muchachos, ¡no parece que estéis muy entusiasmados con el negocio! Pero cambiaréis esa cara de tontos en cuanto veáis el gimnasio… ¡Una maravilla!

—¿Una… una… maravilla…?

—¡Hombre, claro! —El viejo Charlie se sentó junto a Milton y se bebió el refresco de éste—. ¡Ah, qué bueno! Pero me gustaría más con un poco de ginebra. Claro que vosotros, de eso no… ¿Verdad?

—Pse… Vaya…

—¡Bueno! —Se frotó las manos Charlie—. ¡Podemos ir a ver el gimnasio cuando queráis!

—Sí… Je, je… Vaya, Charlie, llegas con un poco de retraso, ¿no?

—¿Retraso? ¿Yo? —Charlie miró su reloj—. Hombre, sí, pero sólo un par de horas… ¿Qué más da a las cuatro que a las seis?

—¿Un par de horas? —jadeó.

—Claro. Ya sé que quedamos el día doce a las cuatro, pero así son los negocios. ¿Qué os pasa?

—¿Quedamos el día doce… a las cuatro?

—Toma, claro. Si no, no estaríais aquí, supongo.

—Sí, claro… ¡Je, je! Vaya, quiero decir que alguien podría

haberse confundido y venir aquí el día cuatro a las doce en lugar de… del día doce a las cuatro.

—¡Qué tontería! —Agitó las manos el viejo Charlie—. ¡Eso sólo lo haría un atontado, hombre! ¡Si se dice el día doce a las cuatro, pues es el día doce a las cuatro! ¡Y no el día cuatro a las doce! ¡Hombre, por Dios!

—Claro… ¡Je, je! Así que… ¿nos has comprado el gimnasio?

—Una preciosidad —se llevó Charlie los dedos a la boca—. ¡Vamos, algo formidable, de veras! Y agarraos: ¡le he regateado al tipo diez mil dólares, y ha bajado el precio! ¡Habrá que celebrarlo, supongo!

—Pues sí… Sí, sí… ¿Verdad que sí, Milt?

—Sí… Je, je… Vaya…

—Os pasa algo —miró de uno a otro Charlie—. Vosotros no sois de los que se retiran sonados, pero sé que os pasa algo. ¿Qué es ello? Decidle al viejo Char… ¡Por cien mil guantes de mantequilla y cáñamo! ¡Pero si aún no he empezado a beber hoy!

Charlie Twinty estaba estupefacto. Sí, señor, debía ver doble, porque allá llegaban dos preciosidades en bikini que eran idénticas. Todavía estaba estupefacto cuando cada una de ellas besó a uno de sus amigos, dulcísimamente, y luego lo miraron a él.

—¿Y quién es este chiquitín? —preguntó una de las imágenes dobles que veía Charlie Twinty.

—Es… es Charlie Twinty, mi amor —dijo Wayne—. Sí, es Charlie…

—¿El estaf…?

Wayne Bolt se puso en pie de un salto, besando rápidamente a su flamante esposa en los labios, mientras Milton decía a toda prisa:

—Sí, el bueno de Charlie, que ha venido a decirnos que ya ha comprado el gimnasio para nosotros.

—Pero habíais dicho —empezó la otra preciosa rubia.

Esta vez le tocó el turno a Milton ponerse en pie de un salto para besar a Julie, impidiéndole terminar la frase. Wayne tomó el relevo.

—Pues nada, aquí está Charlie, el día doce a las cuatro, tal como prometió… Bueno, un poco retrasadillo, porque son casi las seis. Vamos a vestimos y Charlie nos llevará a ver el gimnasio ahora mismo. ¿Verdad, Charlie?

—Hombre, claro —sonrió Charlie—. Bueno, ¿y éstas quiénes

son?

—Nuestras queridísimas esposas. Ya sabes: nosotros, o doble, o nada.

Charlie se puso en pie, parsimonioso, y tras efectuar un experto recorrido visual por las anatomías femeninas dijo, con muy buenos modales:

—¡Menudo par de tías buenas!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…